
NOW A MAJOR MOTION PICTURE
Goosebumps®
The HAUNTED CAR
R.L. STINE
SCHOLASTIC




# R.L. STINE

SCHOLASTIC INC.



Tengo un Chevy Impala del 57 en mi habitación. Es de dos tonos de azul con detalles de llamas rojas y plateadas en los costados y las aletas.

Y tengo un Firebird V-8 del 92 con motor de doble árbol e interior de cuero negro. Y tengo un Camaro plateado del 83 que no he terminado de armar.

Sí, son modelos. He llenado las estanterías a lo largo de la pared de mi dormitorio con modelos de coches que he construido.

Papá dice que va a construir estantes en la otra pared para guardar los nuevos. Pero eso taparía mis carteles de coches de carreras.

No quiero hacer eso. Me encantan los carteles de mi coche. Uno de ellos incluso está firmado por Mario Andretti. Si no te gustan los coches, será mejor que te explique que es un piloto de carreras muy famoso. De hecho, es una leyenda.

Mi nombre es Mitchell Moinian. Tengo doce años y también soy una especie de leyenda. Eso es porque sé más sobre autos que nadie en mi escuela.

A veces, mis amigos Allan, Steve y yo tenemos un concurso. Nos paramos en la esquina de mi casa y vemos quién puede ser el primero en identificar los autos que pasan.

Yo gano siempre. ¡Puedo identificar autos con los ojos cerrados!

Eso es porque leo montones y montones de revistas de coches. Y cuando no estoy leyendo sobre autos o construyendo modelos de autos, me gusta dibujar autos.

¿Sabes con qué sueño por la noche? Así es, sueño que soy *conduciendo*carros.

De todos modos, supongo que mi historia comienza una tranquila tarde de sábado. Había llovido toda la mañana y algunas gotas de lluvia, arrastradas por el viento, todavía golpeaban la ventana de mi dormitorio.

No me importó. Me gusta el sonido de la lluvia cuando estoy adentro trabajando en un modelo. Me incliné sobre mi mesa de trabajo, estudiando los diagramas del Camaro plateado.

Fue bastante complicado. Había un millón de piezas en este. Quiero decir, ¡no basta con pegar la ranura A a la pestaña B y llamarlo Camaro!

Hice construir el chasis. Y estaba encajando cuidadosamente las piezas de fibra de vidrio en el cuerpo, cuando mi hermano Todd irrumpió en la habitación gritando como loco.

"¡Ey!" Salté y rompí un guardabarros. La fibra de vidrio se partió en mi puño.

"¡Idiota!" Grité. "¡Mira lo que me obligaste a hacer!"

Todd ni siquiera miró el guardabarros roto. "¡Apurarse! ¡Ayúdame!" gritó. "Tienes que venir, ¡rápido!"

Todd tiene siete años. No le gustan los coches. No sé en qué se mete.

Supongo que le gusta asustarse. Ha sido muy raro desde que nos mudamos a esta vieja y espeluznante casa el año pasado.

Teníamos una casa perfectamente bonita en Toledo. Pero papá consiguió un nuevo trabajo y tuvimos que mudarnos a Forrest Valley. Y mamá y papá compraron este montón enorme, viejo y destartalado.

La casa se inclina sobre un alto pico en la cima de Hunter Hill. Puedes ver nuestra casa de la ciudad en Forrest Valley a continuación. Incluso desde tan lejos, la casa parece la casa encantada de una película de terror.

Creo que compraron esta ruina porque a papá le gusta construir y reparar cosas. Mira todos esos programas de televisión de “Repara tu propia casa” y dice: “Puedo hacer eso. Yo puedo hacer eso."

Excepto que realmente no puede.

Como dice mamá: "¡Cuando se trata de ser hábil, él es todo pulgares!" De todos

modos, Todd ha estado actuando muy raro desde que nos mudamos. Está convencido de que la casa está encantada. Siempre ve fantasmas en cada habitación.

Siempre está gritando, actuando y enloqueciendo. ¿Tu lo crees? ¡El pobre tiene que dormir con las luces encendidas!

Y ahora estaba temblando en mi puerta, haciéndome gestos frenéticos con ambas manos para que lo siguiera. Es tan flaco, rubio y rosado. Tuve que reírme. Por la forma en que se retorcía y temblaba, parecía un conejito asustado.

“Mitchell, ¡date prisa! ¡Por favor!" gritó. "¡Hay un fantasma en mi habitación!"

"Otra vez no", gemí. Dejé caer el guardabarros de fibra de vidrio roto sobre la mesa y miré a mi hermano. “Todd, tu*cerebro*está embrujado. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡No hay ningún fantasma en esta casa!

“Por favor...” suplicó.

"¿Has estado leyendo esos libros de miedo otra vez?" Yo pregunté. "Sabes que eres demasiado joven para ellos".

"No. En realidad. Esta vez no lo voy a recuperar”, insistió. Se giró y miró hacia el pasillo, temblando por todas partes. "Está... está ahí abajo".

"Está bien, está bien", murmuré. Me puse de pie, sacudiendo la cabeza. “Destrozaste el guardabarros de mi Camaro. Será mejor que esta vez haya un fantasma real”.

"Lo hay", murmuró. "Verdadero. En mi armario. Yo lo vi."

Se hizo a un lado para dejarme pasar. Miré por el largo y oscuro pasillo. Una luz gris entraba por la pequeña ventana del otro extremo. Papá había empezado a poner luces en el techo. Pero necesitaba que alguien le ayudara con el cableado.

Mientras tanto, el largo pasillo estaba siempre a oscuras. Y el antiguo papel de pared marrón de las paredes, agrietado y descascarado, no hacía que el lugar fuera más brillante.

Las viejas tablas del suelo crujieron bajo nuestros pies mientras me dirigía hacia la habitación de Todd.

"Un fantasma en mi armario", susurró Todd. "No me lo estoy inventando". Se quedó detrás de mí, con una mano aferrada a la parte trasera de mi camiseta. Miré por encima del hombro. Su cara de conejito se contrajo, sus ojos azules muy abiertos por el miedo.

Todd siempre fue el raro de la familia Moinian. Ni siquiera se parece a nosotros. Mamá, papá y yo somos todos altos y morenos, con ojos marrones y cabello castaño.

Me detuve en la puerta y miré dentro de la habitación de Todd. Una luz gris y sombría inundaba la habitación desde la ventana manchada de lluvia.

"¿Lo ves? ¿Lo ves?" Todd susurró ansiosamente detrás de mí, con el puño todavía pegado a mi camisa.

“Por supuesto que no…” comencé.

Pero entonces mis ojos se dirigieron a la puerta entreabierta del armario de Todd. Y vi la figura fantasmal flotando dentro del armario.



"Vaya", murmuré. Un escalofrío de miedo recorrió mi cuerpo.

"¿Qué? ¿Lo ves? ¿Qué es?" —preguntó Todd, golpeándome la espalda con el puño.

Entrecerré los ojos ante la luz gris, luchando por concentrarme, observando la figura pálida e inmóvil.

Me tomó unos segundos darme cuenta de que no estaba mirando a un fantasma. Estaba mirando la bolsa de lavandería medio llena de Todd.

"¡Idiota!" Lloré. Me giré y le di un fuerte empujón con ambas manos. "¡Es tu bolsa de lavandería!"

Tropezó hacia atrás y chocó contra la pared. "Bueno, ¿quién lo dejaría ahí?" el demando. "¿Cómo se suponía que iba a saber que no era un fantasma?"

*"¡Porque no hay fantasmas!"* Grité.

"Pruébalo", respondió. Cruzó sus huesudos brazos sobre el frente de su *Archivos X* Camiseta.

"¿Probar qué?" Gruñí. "¿Probar que no hay fantasmas?" "La verdad está ahí afuera", dijo Todd solemnemente.

"Será mejor que dejes de ver ese programa", lo regañé. "Deja de leer libros de miedo y deja de mirar *Los archivos x*, Todd. Te estás volviendo loco".

"Mira esta casa espeluznante", argumentó Todd. "Una casa que se parece a esta *tiene* ser asechado. Tiene que -"

"Mamá y papá están muy preocupados por ti", interrumpí. "Creen que estás perdiendo el control por completo".

“De ninguna manera, yo…” Todd comenzó a protestar.

Pero un estrépito ensordecedor sacudió la casa.

Todd y yo saltamos y gritamos. "Lo que era*eso*?”

"¡Abajo!" Jadeé.

Salimos por el pasillo, las tablas del suelo crujieron y gimieron. Llegué primero a las escaleras y comencé a bajar, apoyándome con fuerza en la barandilla, subiendo las escaleras de dos en dos.

A mitad de camino, entré en la sala de estar y vi lo que había causado el accidente. Una estantería se había caído de la pared. La estantería que papá acaba de construir el fin de semana pasado.

Se había caído sobre nuestro sofá. Libros, fotografías enmarcadas y floreros estaban esparcidos por el suelo.

"¿Qué es? ¿Qué pasó?" Todd bajó las escaleras tan rápido que chocó conmigo. Me agarré a la barandilla para evitar caer el resto del camino.

"¡Estar atento!" Gruñí. "Es sólo la estantería de papá".

Apretando la barandilla con ambas manos, Todd se inclinó hacia adelante y miró fijamente la sala de estar. "Ese es exactamente el tipo de cosas que haría un fantasma", declaró.

Me volví hacia él. "¿Disculpe?"

"Los fantasmas siempre hacen travesuras", explicó, con los ojos fijos en la estantería caída. “Un fantasma hizo eso, Mitchell. ¡Lo sé!"

Gemí y puse los ojos en blanco. "Todd, estás loco", respondí con los dientes apretados. “Sabes que no era un fantasma. Sabes que tiene que ser culpa de papá. tiene papa*alguna vez* ¿Construiste una estantería que permaneció en la pared durante más de una semana?

"¡Escuché eso!" gritó una voz.

Papá entró pesadamente en la habitación secándose las manos con una toalla. Supuse que había estado trabajando en algún proyecto en el sótano ya que tenía las manos untadas de grasa y dos dedos cortados.

Llevaba unos vaqueros holgados y manchados de pintura y una vieja camisa blanca a la que le faltaban varios botones. La pechera de su camisa también estaba manchada de grasa.

Se apartó el liso cabello castaño de la frente y miró fijamente la estantería caída, sacudiendo la cabeza. "Corchetes equivocados", murmuró para sí mismo.

"Todd pensó que era un fantasma", dije.

Todavía secándose las manos, papá se volvió hacia nosotros en la escalera. "No. Usé los corchetes equivocados”, dijo. "Todd, realmente tienes que dejar de ver fantasmas dondequiera que mires".

"Está bien, papá", respondió Todd rápidamente. Nunca quiere discutir con papá. Papá tiene mal carácter y Todd odia que le griten. "Voy a tratar de."

Papá miró a Todd durante un largo momento. Luego rodeó el sofá, agarró la parte superior de la estantería y la puso de pie. Lo apoyó con cuidado contra la pared.

"Rompí un jarrón y algunos marcos de cuadros", murmuró con tristeza. "Tu mamá no estará contenta".

Todd y yo bajamos las escaleras hasta la sala de estar. Me agaché, recogí algunos libros del suelo y los puse sobre la mesa de café.

"¿Por qué no vienen conmigo a la ferretería?" preguntó papá. “Compraremos los soportes adecuados. No estás haciendo nada importante, ¿verdad?

“¿Puedo comprar más pegamento y algo de fibra de vidrio?” Yo pregunté. "Todd me hizo descifrar mi modelo Camaro".

"¡No fue mi culpa!" Todd se quejó. “¿Por qué siempre me tienen que culpar de todo?”

"Cálmense, muchachos", dijo papá. “Coged vuestras chaquetas y nos vamos”. Unos

segundos más tarde, salimos. La lluvia había cesado, pero espesas nubes flotaban a poca altura sobre la colina. Nuestro jardín delantero brillaba húmedo. Todavía podía oír las gotas de lluvia cayendo de los árboles.

Nuestro jardín delantero descendía abruptamente hacia la ciudad. Una niebla gris brumosa cubría el valle, ocultando la ciudad de la vista.

El coche estaba aparcado en la entrada. Era un Chrysler de catorce años, de color verde vómito, un coche destrozado con los parachoques oxidados y un faro roto. Papá rara vez se molestaba en meterlo en el garaje.

“¿Cuándo tendremos un auto nuevo?” Gemí, subiendo al asiento del pasajero delantero.

Papá frunció el ceño. "Mitchell, ¿tienes que hacer esa pregunta cada vez que subes al auto?"

"Puedo ir delante de camino a casa", se quejó Todd. Cerró la puerta trasera con tanta fuerza que pensé que el viejo auto se desmoronaría.

Papá giró la llave de contacto y empezó a pisar el acelerador. El coche arrancó con un gemido al tercer intento. Dejó que se calentara un rato y luego retrocedió por el camino de entrada.

“Este auto apenas puede arrancar. Mira cuánto tarda en calentarse”, me quejé. “He estado leyendo los anuncios de autos, papá. No es necesario comprar un coche nuevo. Puedes alquilar uno”.

Papá puso los ojos en blanco. "No quiero un coche nuevo", respondió con los dientes apretados. “Cuido muy bien este auto. Se conduce muy bien”.

Se inclinó sobre el volante y guió el coche por las curvas. Forrest Valley Road tiene una pendiente pronunciada, curvándose a medida que avanza, hacia el valle de abajo.

Una niebla gris ondeaba a nuestro alrededor mientras bajábamos. Papá encendió los faros. Pero no ayudaron mucho. La niebla reflejó la luz hacia el coche.

“No puedo ver dos pies delante de mí”, se quejó papá. Entrecerró los ojos hacia delante a través del nublado parabrisas, agarrando con ambas manos la parte superior del volante.

"¡Ey!" Lanzó un grito agudo.

Su pie comenzó a bombear, bombeando con fuerza hacia arriba y hacia abajo. Su boca se abrió. Su rostro se puso rojo brillante.

"Papá, ¿qué pasa?" Lloré.

Él no respondió. Movió el pie frenéticamente.

El coche aceleró y rodó cuesta abajo más rápido, rebotando y atravesando la espesa niebla.

"¡Sin frenos!" Papá lloró. “¡No lo creo! ¡Sin frenos!"



"Ohhhh." Un gemido de miedo escapó de mi garganta.

El coche rebotó con fuerza. Papá cortó la rueda.

Caí contra la puerta con un fuerte*RUIDO SORDO*.

Escuché a Todd gemir en la parte de atrás.

El volante rebotó bajo las manos de papá como si estuviera a punto de volar apagado.

Escuché un fuerte rugido. La bocina de un auto. Todos gritamos cuando una camioneta negra salió disparada hacia nosotros desde la pared de niebla.

Papá hizo girar la rueda. El coche se estremeció cuando la furgoneta pasó rugiendo.

Rodamos por el camino. Más rápido. Más rápido.

El camino descendía peligrosamente. Papá giró el volante, en un sentido y luego en el otro, esforzándose por ver las curvas a través de la espesa niebla.

Rebotamos fuerte. Grité cuando mi cabeza golpeó el techo. El cinturón de seguridad me cortó la cintura.

“¡Vamos a estrellarnos! ¡Vamos a estrellarnos! Todd se lamentó. La pierna de papá subía y bajaba mientras pisaba el freno. “¡Nooo!” El auto patinó. Patinamos.

Los neumáticos chirriaron.

Escuché la bocina de un auto. Un coche gris pasó rugiendo junto a nosotros.

Nos salimos de la carretera. Hacia un bosque de árboles oscuros.

“¡Nooo!”

Vi la mano derecha de papá abandonar el volante que rebotaba. Agarró el freno de mano y lo levantó bruscamente.

Cierro los ojos.

Y se balanceó con fuerza, hacia adelante y hacia atrás, cuando el auto chocó.

Escuché el crujido del metal. Un sonido crepitante. Vidrios rotos. Mi cabeza golpeó el tablero. Luego volví a disparar.

Escuché a Todd soltar un chillido agudo.

Luego silencio.

Abrí mis ojos. Parpadeó varias veces. Me tomó un tiempo darme cuenta de que el auto se había detenido.

Habíamos chocado contra un árbol. De frente. El parabrisas se había resquebrajado. Más allá, vi el capó aplastado y destrozado.

Mi corazón se aceleró en mi pecho. Podía sentir la sangre palpitar en mis sienes.

"¿Estamos... bien?" La voz de papá salió minúscula, poco más que un susurro. Sacudiendo la cabeza como para aclararla, se volvió hacia atrás. “¿Todd?”

"Estoy bien, papá", respondió Todd en voz baja.

"Yo también", dije, tratando de tragar. De repente mi boca estaba tan seca como papel de lija.

"Yo... acabo de arreglar esos frenos la semana pasada", murmuró papá. Y luego su expresión cambió. Sus ojos se desorbitaron. Se quitó el cinturón de seguridad. Abrió la puerta del auto.

"¿Papá?" Llamé.

Salió tambaleándose del coche. Se inclinó y empezó a vomitar. Fuertes y violentas arcadas, todo su cuerpo agitado.

Esperé hasta que se detuvo. Luego grité: "¿Esto significa que vamos a comprar un auto nuevo?"

* * *

Ya estaba despierto y vestido cuando llegó el periódico del domingo a la mañana siguiente. Lo cargué adentro y dejé a un lado todas las secciones hasta que

Encontré los anuncios de automóviles.

Luego extendí la sección en el suelo de la sala y comencé a rodear los anuncios que se veían bien. Cuando papá finalmente bajó a desayunar a las ocho y media, todavía en pijama, yo estaba lista para recibirlo.

"Mira este", le dije, empujándole el papel a la cara. Parpadeó y se apartó

un mechón de pelo oscuro que le cubría el ojo. "Mitchell, todavía estoy dormido". Él gimió y se frotó el hombro. Supongo que estoy un poco adolorido por el accidente. ¿Y tú?"

"Estoy bien. Mira este anuncio", respondí con impaciencia.

"¿No puedo tomar una taza de café primero?" Él gimió. "No puedo concentrarme. En

realidad." "Bueno. Te lo leeré", dije.

Le leí el anuncio:*"Un propietario, sedán deportivo modelo nuevo. Perfecta condicion. V-8, interior de cuero blanco, todas las características de seguridad. El propietario debe vender. Pon tu propio precio".*

Papá me miró entrecerrando los ojos, frotándose la cara sin afeitar. "¿Cuál fue esa

última línea?" "Pon tu propio precio", repetí.

"Eso tiene que ser una invitación", murmuró.

"¿Podemos ir a verlo?" Lloré. "Aquí hay un número de teléfono y una dirección. Está en Wilbourne Street.

"En el valle. Al otro lado de la ciudad", dijo papá.

"¿De qué están hablando ustedes dos?" Mamá apareció en lo alto de las escaleras. Se ató el cinturón de la bata. "Mitchell, ¿qué haces levantado tan temprano? ¿Olvidaste que es domingo?

"Papá y yo vamos a mirar un auto", respondí, sonriendo. "¿Verdad, papá?"

* * *

Después del desayuno, papá y yo comenzamos a bajar la colina hacia la ciudad. Todd también quería venir, pero el domingo tiene clases de kárate.

Papá conducía un Ford Taurus blanco que alquiló después del accidente. "Me gusta este auto", dijo sonriendo. "Buen coche familiar".

"Pero, papá", protesté. "El auto que vamos a ver suena tan*Frío*."

El sol asomó entre las blancas serpientes de nubes, enviando rayos de luz sobre los altos árboles que bordeaban el camino. Esta vez bajamos fácilmente al valle y atravesamos la ciudad con solo unas pocas paradas en los semáforos.

La ciudad estaba casi vacía. La mayoría de las tiendas cierran los domingos por la mañana. La única señal de vida era el enorme campo detrás de la escuela secundaria donde se desarrollaban los partidos de la liga de fútbol, con cientos de niños, entrenadores y padres gritando.

“¿Cuál era la dirección?” Preguntó papá, reduciendo la velocidad para pasar a tres adolescentes con casco en bicicleta.

Saqué el anuncio de mi bolsillo y le leí la dirección nuevamente.

“Debería estar a unas cuadras de aquí”, dijo papá, girando hacia una cuadra de casas cuadradas con tejas blancas. “Ahora escucha, Mitchell. Tengo que advertirte. sólo vamos a*mirar*en este auto. No voy a sacar mi chequera y comprarla en el acto. ¿Lo entiendes?"

“¿Pero y si es genial?” exigí. “¿Y si es totalmente perfecto?” “Escúchame”, dijo papá,

reduciendo la velocidad del auto y entrecerrando los ojos para ver los números de los buzones. “Lee mis labios, Mitchell. No vamos a comprar hoy. Sólo estamos mirando”.

"¿Pero si es el auto más asombroso que jamás hayamos visto?" Insistí. Él

no respondió.

Giró por un camino de grava junto a una casa pequeña, cuadrada y de estructura blanca. "Esto es todo", murmuró. "El coche debe estar en el garaje de atrás". Al final del camino de entrada había un garaje, un poco más pequeño que la casa.

Nos dirigimos a la entrada principal. La puerta estaba abierta. Papá llamó a la puerta de cristal.

Escuché pasos adentro. Unos segundos más tarde, un hombre alto y delgado que vestía un mono de mezclilla y una camisa de franela roja y negra abrió la puerta contra tormentas. Inclinó la cabeza y nos miró con pequeños y redondos ojos azules.

Me recordaba a un águila o tal vez a un buitre, con ojos intensos, frente amplia y una nariz larga y torcida en forma de pico sobre una pequeña*oh*de un

boca. Mantuvo esos ojos azules de pájaro fijos en nosotros durante mucho tiempo.

Papá finalmente rompió el silencio. "Señor. ¿Douglas? Llamamos antes. ¿Sobre el coche?

El señor Douglas inclinó la cabeza hacia el otro lado. Él asintió y se aclaró la garganta. “Está por la parte de atrás. En el garaje."

El aroma del tocino frito flotaba desde la casa. Intenté ver el interior, pero el señor Douglas me bloqueó el paso. Salió al porche y cerró la puerta contra tormentas detrás de él.

"Buenos días", murmuró, rascándose la cabeza de cabello castaño y fibroso mientras pasaba junto a nosotros y se dirigía hacia el garaje.

"Sí. Después de toda la lluvia”, respondió papá. “Este es Mitchell. Vio su anuncio en el periódico y...

El señor Douglas se detuvo en el camino de entrada y se volvió hacia mí. “¿Mitchell? ¿Te gustan los coches?

Asenti. "Sí. Me gustan los autos deportivos y los autos antiguos. Construyo modelos”, dije.

El asintió. "Bueno... creo que te gustará mucho este auto, Mitchell". Lo seguimos por el camino de entrada, nuestros zapatos crujieron sobre la grava. Se detuvo a unos metros del garaje y empezó a hurgar en el bolsillo del mono.

Dejé escapar un grito ahogado y me volví hacia papá.

"La puerta del garaje", murmuré. “¿Por qué está cubierto de candados?”



“¿Los candados?” El señor Douglas me miró con ojos de pájaro.

Podía sentirme sonrojar. No quise que él me escuchara.

“Tengo que mantener el auto cerrado con llave”, dijo, sacando un manojo de llaves de su bolsillo. “Es un barrio bastante malo. A uno de mis vecinos le robaron el coche la semana pasada”.

*Pero*Tantos*candados?*Pensé. Conté seis en la puerta del garaje.

Le llevó una eternidad encontrar las llaves adecuadas para las cerraduras adecuadas y abrirlas todas. Cuando abrió la puerta del garaje, mi corazón latía con entusiasmo.

Cuando la puerta se abrió, la luz del sol invadió el auto. El parachoques cromado brillaba como el oro y reflejaba el sol. El tronco curvo brillaba, plateado bajo la luz que se extendía.

"¡Guau!" exclamé.

¡Incluso desde atrás, el coche era increíble!

"Tiene un diseño de auto deportivo", dijo el Sr. Douglas, observando mi reacción. "Pero tiene capacidad para cuatro".

"¡Hay cuatro en mi familia!" Declaré.

Las llaves del candado tintinearon en la mano del señor Douglas. Los deslizó de nuevo en el bolsillo de su mono. “Como puedes ver, no tiene ni un rasguño”, le dijo a papá. “Y tiene menos de diez mil millas. Apenas se ha conducido”.

"¡Es increíble!" exclamé.

Papá me frunció el ceño. "Tranquilo, Mitchell", advirtió.

Papá y yo rodeamos el auto. Pasé la mano por los suaves guardabarros. El coche era todo azul con interior de cuero blanco. ¡Estaba construido cerca del suelo y parecía como si acelerara a noventa millas por hora incluso estando quieto!

Me recordó mucho a un viejo Corvette. Tenía el mismo diseño elegante, excepto que tenía un asiento trasero.

"¡Guau!" Exclamé de nuevo, mirando todos los diales y controles. Papá se rió

entre dientes. "Creo que Mitchell lo aprueba", le dijo al Sr. Douglas. El señor

Douglas se pasó la mano por el pelo fibroso. Su pequeña boca permaneció apretada.*oh*. Él no sonrió. Sus ojos se quedaron en el coche.

Papá salió del garaje. "¿Tiene algo de malo?" -le preguntó al señor Douglas. "¿Por qué quieres venderlo?"

"¿Está mal?" El señor Douglas ladeó la cabeza, con los ojos pensativos. "No. No tiene nada de malo. Yo... no lo uso. Eso es todo."

Él se dio la vuelta. Vi sus manos temblar por sólo un segundo. Rápidamente se los metió en los bolsillos del mono.

Papá se agachó y examinó los neumáticos. "Como nuevo", murmuró. Pasó la mano por el tapacubos plateado.

"¿Quieres hacer una prueba de manejo?" —ofreció el señor

Douglas. "¡Sí!" Lloré.

Papá volvió a fruncir el ceño. Se volvió hacia el señor Douglas. "Sí. ¿Por qué no nos muestras cómo se conduce?

"¡Oh, no!" Declaró el señor Douglas. Dio un paso atrás.

*¿Por qué parece asustado?*Me preguntaba.

Se aclaró la garganta y empezó a hurgar una vez más en sus bolsillos. "No. Quiero decir... uh... sería mejor si sacaras el auto tú mismo".

Sacó las llaves del auto y se las pasó a mi papá. Vi que le temblaba la mano. "¿Bueno? Yo... me quedaré aquí. Prueba el coche".

Papá lo miró entrecerrando los ojos. "¿Estás seguro de que no quieres venir y

mostrárnoslo?"

El señor Douglas puso las llaves en la mano de papá. "No. Yo... tengo algunas cosas que hacer por aquí. Uh... aún no he terminado el desayuno.

"Oh. Lo siento mucho”, respondió papá. "No quisimos interrumpir..." “Lleva el

auto a dar una vuelta. Adelante”, insistió el señor Douglas. “Simplemente sáquelo del garaje. Esperare aquí. Cuando regreses, podemos hablar del precio. Yo... sé que lo vas a querer. Es un coche maravilloso”.

Dio media vuelta y se apresuró a llegar a su casa, dando largas zancadas.

Papá y yo lo observamos hasta que desapareció dentro. "Extraño", murmuré.

Abrí la puerta del pasajero y me senté en el suave asiento de cuero. “Mmmmmm. Se siente tan bien."

Papá se puso al volante. Ajustó su asiento, luego el espejo. “¿Por qué

ese hombre parece tan asustado?” Yo pregunté.

Papá se encogió de hombros. "Me gana". Se puso el cinturón de seguridad sobre el hombro. “No sé cuál es su problema. Pero está bien. Bien. Revisaremos el auto sin él. ¿Qué podría pasar?"

Deslizó la llave en el contacto y la giró.



El auto arrancó inmediatamente. El motor zumbó.

Papá pisó el acelerador. El zumbido se convirtió en un rugido constante.

"Suena bien", dijo papá. "Muy limpio." Agarró la palanca de cambios con la mano derecha y puso marcha atrás. El coche salió del garaje y tomó el camino de grava.

Pude ver al Sr. Douglas mirándonos desde su ventana delantera. Nos miró con las manos en los bolsillos, inmóvil como una estatua.

Papá puso la marcha y nos pusimos en marcha. Giró en la esquina, aceleró, volvió a reducir la velocidad, probó los frenos y luego giró bruscamente a la derecha.

“Se maneja de maravilla”, comentó. "Este coche prácticamente se conduce solo".

"¡Vamos a comprarlo!" Lloré.

“Vaya. Desacelerar." Papá se rió. "Un coche es una compra muy importante, Mitchell", lo regañó. “No se compra simplemente el primer coche que se ve. Además, estoy seguro de que no podemos permitirnos este coche. Probablemente el señor Douglas quiera veinte o treinta mil dólares por él.

“Pero el anuncio en el periódico decía...” comencé.

“Eso no significa nada”, respondió papá. “Este es un auto de verdadero lujo, Mitchell. Conoces los autos mejor que yo. Sabes que un auto como este está mucho más allá de nuestro presupuesto”.

Pasé la mano por el suave asiento. "Seguro que es increíble", murmuré.

Papá encendió la radio. La música nos rodeó desde cuatro altavoces. Probó la señal de giro, luego las luces, luego la calefacción y el aire acondicionado.

"Todo es perfecto", dijo, volviéndose hacia Wilbourne. "Me pregunto por qué el señor Douglas quiere vender un coche tan fantástico".

"Me pregunto por qué no vino con nosotros", agregué.

Papá condujo el coche por el camino de grava. Se detuvo al costado de la casa y apagó el motor.

"Sólo pregunta por el precio", insté. "No está de más preguntar, ¿verdad?" Papá

suspiró. "Supongo. Pero no te hagas ilusiones, Mitchell. Este coche está mucho más allá de lo que puedo permitirme”.

Abrí la puerta del auto, salí y casi choqué con el señor Douglas. "Oh. Lo siento”, murmuré.

Me miró con esos ojos de pájaro azul pálido pero no dijo nada. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo trasero y se secó la frente.

*¿Por qué está sudando?*Me preguntaba.*Hace frío hoy. Puedo ver mi respiración.*

“Has vuelto”, dijo finalmente, estudiando a papá.

*¿Por qué parece tan aliviado de vernos?*Me pregunté a mí mismo.*¿No pensó que íbamos a regresar?*

“Bonito auto”, dijo papá, acariciando el brillante techo azul. "Se maneja muy bien".

El señor Douglas asintió. "¿Te gustó? Buen coche familiar, ¿verdad? ¿Conduce su esposa?

“Sí”, respondió papá. "Creo que ella -"

"¡Puedo conducir en cuatro años!" Interrumpí. “Si tomo educación vial. en el colegio. Ya sé cómo. Papá me dejó tomar el volante una vez cuando estábamos en el desierto de Arizona”.

Esperaba que el señor Douglas sonriera ante eso. Pero para mi sorpresa, su barbilla tembló y vi lágrimas en sus ojos.

Se volvió y se sonó la nariz con el pañuelo. "Debe estar resfriado", murmuró.

“Bueno, me gusta el auto”, dijo papá, rascándose el cabello oscuro y espeso. "Pero estamos buscando algo un poco menos..."

"Le daré un precio realmente bueno", interrumpió el Sr. Douglas. Entrecerró los ojos ante el coche y frunció el ceño con frialdad. "Realmente tengo que deshacerme de él".

Su expresión envió un escalofrío por mi espalda.

Papá se alejó del auto, sacudiendo la cabeza. "No creo..." "¿Cinco mil sería demasiado?" -preguntó el señor Douglas.

Papá tragó saliva. "¿Cinco mil? ¿Quieres decir como pago inicial? "No. Cinco mil en total”, respondió el señor Douglas. “Es un auto usado. Aunque está en perfecto estado, sé que no puedo conseguir el precio completo por él. Te lo venderé por cinco mil”.

"Papá..." susurré, tirando de su manga. "¡Hazlo!"

Quería animar a todo pulmón, golpear mi cabeza con los puños y saltar en el aire.

De alguna manera logré permanecer en el suelo.

"Bueno..." Papá se frotó la barbilla como si estuviera pensando en ello. Pero pude ver sus ojos brillando con entusiasmo. ¡Sabía que iba a decir que sí!

“¿Está seguro de que no tiene nada de malo, señor Douglas?” preguntó.

"¿Está mal?" El señor Douglas ladeó pensativamente la cabeza. "No. No tiene nada de malo. No tiene nada de malo”.

Pero luego sus ojos se nublaron. Y su rostro se ensombreció, como si una sombra hubiera caído sobre él. "Pero si lo compras", dijo en voz baja, "tengo que pedirte que hagas una cosa".

"¿Una cosa?" preguntó papá. "¿Qué es?"



El señor Douglas bajó la vista hacia el coche. "Hay que ahuyentarlo de inmediato", dijo. “Tienes que quitártelo*hoy*.”

Papá y yo intercambiamos miradas.

*Este es un tipo raro*Pensé. Pude ver que papá estuvo de acuerdo.

“Tengo el registro y la factura de venta”, dijo Douglas, señalando con la cabeza hacia su casa. "Todo está listo. Si tienes tu chequera, puedo sacarla y cederte el coche.

"Uh... bueno..." Papá vaciló. Me miró fijamente y luego al coche. “Está bien, señor Douglas. Es un trato."

"¡Yaaaaay!" No pude aguantar más. Dejé escapar un largo grito y salté de alegría.

Papá empezó a seguir al señor Douglas hasta la casa, pero el hombre le hizo señas para que regresara. “Lo sacaré. No es necesario entrar”. Desapareció dentro de la casa. La puerta contra tormentas se cerró de golpe detrás de él.

"Qué hombre más extraño", murmuró papá. “¿Por qué no quiere que entremos?”

Estaba tan emocionado que sentí que estaba a punto de estallar. "¡Papá! ¡Es nuestro! ¡El auto es nuestro! Él ¡Es totalmente asombroso!”

No podía quedarme en el suelo. ¡Tenía que hacer algo antes de explotar!

Levanté ambas manos por encima de mi cabeza e hice una doble voltereta sobre el césped. Pero calculé mal la segunda voltereta, empujé demasiado fuerte y aterricé de espaldas.

"¡Ay!" Empecé a reír. No pude parar. Simplemente me tumbé de espaldas en la hierba y me reí.

Papá también se rió. “Estoy emocionado”, confesó. "Pero no creo que intente dar volteretas".

Corrió y me puso de pie. "Creo que hicimos un muy buen trato, Mitchell", dijo, sonriendo felizmente. “Un trato realmente bueno”.

* * *

Esa noche, durante la cena, me unté la cara con salsa de espagueti y derramé el jugo. No pude evitarlo. Estaba tan entusiasmado con el auto que no podía controlarme.

"Papá, ¿podemos dar un largo viaje en coche después de cenar?" Yo pregunté.

“Límpiate la cara”, respondió mamá. “¿Estás comiendo esos espaguetis o los estás usando?”

"¿Podemos?" Repetí, pasando la servilleta por mis mejillas y barbilla. "Mitchell,

dimos un largo paseo esta tarde", dijo papá. “Tengo cosas en las que trabajar esta noche. Sé que te encanta, pero no podemos pasar toda nuestra vida en ese auto”.

"¡Mitchell quiere vivir en el coche!" -exclamó Todd-. Luego se rió como si hubiera hecho una broma realmente genial.

"Talvez yo*hacer*¡Quiero vivir en el coche! Le respondí, inclinándome sobre la mesa hacia él. "¿Así que lo que?"

Todd sonrió. “¿A dónde irías al baño?” Papá se rió.

"Eso no es gracioso", espetó mamá. "Todd, estamos en la mesa, ¿recuerdas?"

"¿Qué tal un paseo corto?", sugerí. “¿Simplemente bajando la colina hasta la ciudad y regresando?”

"No. Tienes tarea”, respondió mamá con severidad. "Escuela mañana, ¿recuerdas?"

Arranqué medio panecillo y me lo metí en la boca.

“Estamos todos muy entusiasmados con el auto nuevo”, dijo mamá, pasándole el plato de espagueti a papá. “Pero recuerden, vamos a tener el auto por mucho, mucho tiempo. Y habrá mucho tiempo para viajar en él”.

“¿Qué tal si simplemente me siento en él?” Lloré. “Sólo quiero sentarme al volante y tal vez poner la radio y probar los faros. ¿Bueno?"

"No está bien", dijo mamá, sacudiendo la cabeza. "Tarea. Sin carro. No más."

Sabía que no debía discutir. Cuando mamá empieza a hablar con frases muy cortas, habla en serio.

Los demás siguieron hablando mientras terminamos de cenar, pero no los escuché. Seguí pensando en el auto nuevo. Sobre su exterior azul plateado. Los asientos de cuero suave. El suave y constante zumbido de su motor...

Más tarde intenté hacer algunos deberes. Pero seguí saltando y acercándome a la ventana de mi habitación, asomándome para mirar el auto. Papá lo había estacionado en el camino de entrada y pude verlo claramente ya que mi habitación da al frente.

Una farola enviaba un rectángulo de luz amarilla sobre el auto, haciendo que los parachoques cromados brillaran y la elegante carrocería azul brillara suavemente como la luz de la luna.

No pude resistirme.

Tuve que ir a sentarme en el auto.

Salí sigilosamente al pasillo. Me aseguré de que Todd no estuviera cerca. El pequeño soplón se lo diría a mamá y papá.

Podía escuchar música, disparos y explosiones desde su habitación al final del pasillo. Supuse que estaba allí jugando videojuegos.

Bajé silenciosamente las escaleras, apoyándome con fuerza contra la pared para evitar que los escalones de madera crujieran. Podía escuchar a mamá hablando por teléfono desde el estudio.

Me detuve al pie de las escaleras. ¿Dónde estaba papá?

"¡Ay!" Escuché su grito enojado desde el pasillo trasero. Me giré hasta que lo vi, de rodillas en el suelo, con las herramientas esparcidas.

Tenía un cable eléctrico levantado en una mano. Supuse que era el cordón en el que había estado trabajando antes.

Escuché un fuerte crujido. "¡Ay!" Papá volvió a gritar. Soltó el cordón y le estrechó la mano con furia.

El cable definitivamente no estaba arreglado.

Conteniendo la respiración, me di vuelta y caminé de puntillas hacia la puerta principal. Unos segundos más tarde, estaba afuera. Mi sudadera ondeaba con un viento fuerte y frío. Una pálida franja de luna se desvaneció detrás de jirones de nubes negras.

Me estremecí.*Demasiado tarde para volver a buscar un abrigo. Estaré caliente*

*dentro del auto.* Corrí por el camino hasta el camino de entrada. El coche brillaba a la luz de la farola.

Di un paso hacia el lado del conductor y agarré la manija cromada.

*"Adelante,"*susurró una voz.*"Subir en."*




"¿Eh? ¿Quien dijo que?" Llamé en un susurro ahogado.

Me di la vuelta. "¿Quién está ahí? ¿Todd?

No. Nadie detrás de mí. Nadie en el camino de entrada.

Corrí hacia el lado del pasajero. Nadie se esconde al otro lado del coche.

Mientras regresaba a la puerta del conductor, escuché nuevamente la voz susurrada:*“Entra. Vámonos”.*

Dudé con la mano en la manija de la puerta. Bajé la cabeza y miré hacia el asiento delantero.

"¿Hay alguien ahí?"

Nadie.

*Solo mi imaginación,*Pensé.

Abrí la puerta. Se abrió con tanta facilidad que apenas tuve que tirar de él. La luz del techo se encendió, haciendo brillar los asientos de color blanco crema.

Me senté detrás del volante y rápidamente cerré la puerta. No quería que se encendiera la luz del techo. No quería que nadie me viera desde la casa.

Me acomodé en el asiento y pasé las manos por el volante. Suave y fresco.

Agarré la palanca de cambios a mi lado. Cambié de estacionamiento a neutral y luego volví a estacionar.

Me incliné sobre el volante y fingí conducir. Bajé las señales de giro. Cambié de marcha de nuevo.

*Soy un piloto de carreras,*Decidí.*Llegando a la última curva. Pasando al grupo y pasando al primero.*Bajé el pie sobre el pedal del acelerador.

*Dispara, Mitchell. Dispara.*

*¡Despegar!*

Me moví de nuevo. Giró la rueda.

*Estoy entrando en una curva cerrada. Patinando. Deslizándose fuera de control.*

*¡Vaya con eso! ¡Vaya con eso!*

Hice girar la rueda hasta patinar. Recuperó el control. Rugió por la recta. Pude verlos agitando la bandera verde, haciéndome señas para entrar.

*¡Victoria!*

El rugido de los otros motores, los aplausos de la multitud... ensordecedores. Decidí dar una vuelta más con el coche en una vuelta de victoria.

Pisé el freno cuando se encendió la luz del porche.

Jadeé y agarré el volante con fuerza. Miré por el parabrisas el cono de luz brillante que bañaba el porche delantero.

¿Quién encendió la luz del porche? ¿Mamá? ¿Papá? ¿Iban a venir a buscarme?

*Será mejor que me baje del coche.*

Decidí. Agarré la manija de la puerta y

tiré. La puerta no se abrió.

Tiré de nuevo de la manija y apoyé el hombro contra la puerta del auto.

No. No se movió.

Bloqueado.*La puerta debe estar cerrada,*Me di cuenta.

Me di la vuelta y busqué el pequeño pomo que abría la puerta. Sin perilla.

Deslicé mi mano por la puerta, buscando el control de la cerradura.

*¿Cómo cerré las puertas? ¿Se bloquean automáticamente?*

No pude encontrar nada para abrir la puerta. Agarré el mango de nuevo. Intenté empujarlo hacia abajo. Pero no fue así.

Levanté la manija de un tirón. Esta vez tiró con fuerza. Y empujé todo mi peso contra la puerta.

No, no te vayas.

“Oye, ¿cómo puedo*afuera¿*de aquí?" Lloré en voz alta.

Golpeé el control de la ventana. Lo presionó, intentando bajar los elevalunas eléctricos.

Pero no funcionaron con el motor apagado.

"¡Ey!"

Probé el mango una vez más. Empujé la puerta. Lo abofeteé con ambas manos.

*Estoy encerrado. Encerrado.*

Con el corazón acelerado, busqué a tientas el control de la cerradura nuevamente. Me detuve cuando escuché la risa.

Risa suave y aguda. La risa de una niña.

"Oye, ¿quién está ahí?" Llamé sin aliento. La risa continuó, suave pero fría. "¿Quién se ríe?"

Volví la cabeza hacia la ventanilla del conductor. Miré hacia la oscuridad y vi un rostro mirándome.



Una mujer.

Tenía el pelo rubio ondulado que reflejaba la luz de la farola. Ojos oscuros, parecidos a los de un gato. ¡Me miró como si fuera un marciano!

"¡Jala la puerta!" Indiqué, señalando frenéticamente hacia la manija exterior. "¡Está atorado!"

Ella asintió y agarró el asa. La puerta del coche se abrió.

Ella dio un paso atrás mientras yo saltaba del auto, respirando con dificultad.

"¿Estás bien?" ella preguntó. Tenía una voz baja y susurrante. "¿Qué estabas haciendo allí?"

"La... la cerradura estaba atascada", tartamudeé. Me aparté un mechón de pelo que me cubría el ojo y la estudié.

Llevaba un chaleco azul abierto sobre un suéter oscuro con cuello en V. Sus vaqueros de pernera recta estaban rotos en una rodilla. Cuando se echó hacia atrás el pelo que le llegaba hasta los hombros, vi que tenía tres pendientes diferentes tintineando en cada oreja.

"Es un auto nuevo", le expliqué. "Quiero decir, lo acabamos de comprar esta mañana". Ella asintió. Una sonrisa se dibujó en su rostro, revelando un hoyuelo en cada mejilla.

*Ella es realmente guapa,* Decidí. *Parece una modelo o una estrella de televisión.*

"¿Lo estabas probando?" preguntó con esa voz suave y ronroneante.

Asenti. "Sí. Me gustan los autos."

Apoyó la mano en el guardabarros. Sus uñas eran de un azul brillante y tenía dos o tres anillos en cada dedo.

“Vi que estabas teniendo problemas”, dijo. "Es bueno que haya venido, ¿eh?"

"Seguro", estuve de acuerdo. "Gracias." Y luego agregué: "¿Quién eres?" Por alguna razón, mi pregunta la hizo reír. “Mi nombre es Marissa Meddin”, anunció.

Le dije mi nombre.

“Este es mi nuevo vecindario”, dijo, deslizando su mano hacia adelante y hacia atrás sobre el guardabarros del auto como si lo acariciara. “Estaba dando un paseo. Sabes. Comprobándolo."

"¿Te acabas de mudar aquí?" Yo pregunté. Pregunta estupida. Ella ya me dijo que era su nuevo barrio. "¿Cuál casa?"

Señaló con la cabeza. Hacia la antigua casa de los Faulkner, justo después de la esquina.

*¿Ese viejo basurero?*Pensé.*Hace años que nadie vive en esa casa.* "¿Vas a ir a la escuela secundaria Forrest Valley en la ciudad?" Yo pregunté.

“Probablemente”, respondió ella, poniendo cara de amargura. “No lo sé todavía. Odio transferirme a una nueva escuela después de que el año ya ha comenzado”.

"¿Dónde viviste antes?" Yo pregunté. "En otro lugar", respondió ella, y se rió. "No. De verdad”, insistí. "Te moviste -"

Me detuve y lancé un grito de sorpresa cuando alguien me golpeó por detrás.

Me di la vuelta.

"¡Todd!" Él me sonrió.

"Cuáles son*tú*haciendo aquí? exigí.

"Cuáles son*tú*haciendo aquí? él imitó. “Te escapaste, ¿no es así, Mitchell? Para sentarse en el coche. Estoy diciendo. ¡Te lo digo ahora mismo!

"¡No, espera!" Lloré.

"Lo digo, a menos que pueda sentarme en el asiento del conductor por un rato", declaró Todd. Hizo un movimiento hacia el auto, pero lo empujé hacia atrás.

"De ninguna manera", le dije. “Manténgase alejado del auto nuevo. Nos meterás a ambos en serios problemas.

"¡Entonces te lo diré!" se quejó.

Lo sostuve por sus delgados hombros. “Escúchame, Todd. No puedes sentarte en el auto. Las puertas del auto están atascadas. Ellos -"

"¡Mentiroso!" gritó.

"No. De verdad”, insistí. "Estaba encerrada. Si Marissa no hubiera abierto la puerta, habría estado encerrada dentro toda la noche".

"¿OMS?" —preguntó Todd.

"Marissa", le dije.

Me di la vuelta. “¿Marisa?” Ella

había desaparecido.

Todd me dio un fuerte empujón. "¡Mentiroso!" él gruñó.

“Shhh. ¡Tranquilo!" Lloré, llevándome un dedo a los labios. Miré hacia la puerta. “Se supone que debemos estar adentro. No queremos que mamá y papá nos pillen aquí”.

Todd cruzó los brazos sobre la parte delantera de su chaqueta bomber de cuero falso. “¿Cuándo podré sentarme en el auto?”

"Mañana. Lo prometo”, susurré. "Ahora ven."

Tomé su mano y lo llevé hasta la entrada principal. Abrí la puerta principal y miré cautelosamente dentro.

No hay señales de mamá o papá.

Podía escuchar voces en la televisión desde el

estudio. "Date prisa", susurré.

Entramos sigilosamente y cerré la puerta con cuidado detrás de nosotros. Señalé las escaleras al otro lado del pasillo.

Ya casi habíamos llegado cuando escuché el fuerte grito desde el pasillo trasero. Corrí

hacia adelante a tiempo para ver un destello cegador de luz blanca.

Y una figura espeluznante dentro de la luz, tambaleándose hacia nosotros, con los brazos temblorosos en alto.

"¡Eso es todo!" Todd se lamentó. "Eso es*fantasma*!”



"¡Woooooooooo!" Rodeada de una luz blanca crepitante, la figura lanzó un gemido aterrador mientras se tambaleaba hacia nosotros.

"Todd, ¡no es un fantasma!" Grité. "Es *Papá*!"

Papá agarró el cable eléctrico con una mano. Sus brazos subieron y bajaron. Su cabello se erizó sobre su cabeza.

"¡Está siendo electrocutado!" Grité.

Me lancé por el pasillo. Vi un par de sus guantes de trabajo de goma en el suelo, junto a él.

El estallido blanco de electricidad chisporroteó y saltó a su alrededor.

Agarré uno de los guantes y frenéticamente me lo puse en la mano. Luego salté a la pared. Encontré el final del cable.

Arrancó el enchufe.

Silencio. Y luego un pesado *RUIDO SORDO* mientras papá caía al

suelo. Él gimió.

Me di la vuelta. Cayó sobre manos y rodillas. Su cabello todavía estaba erizado. Su cara estaba roja como un tomate. Sus labios eran morados.

"¡Papá!" Jadeé. Tiré el guante de goma y me acerqué a él.

Todd tenía la cara cubierta con ambas manos. Todo su cuerpo se estremeció. Los

ojos de papá se desorbitaron. Abrió la boca para hablar, pero sólo salieron unos débiles gruñidos. "Unh...unh..."

"¿Papá? ¿Estás bien?"

El aire olía a humo, como si hubiera habido un incendio.

Escuché pasos rápidos. Mamá irrumpió en el pasillo. Su boca se abrió cuando vio a papá a cuatro patas. "¿Eh? ¡Oh Dios mío! ¿Qué pasó?"

Papá respiró hondo. Se incorporó hasta quedar sentado y se encogió de hombros. "Supongo que este cable no está del todo arreglado", dijo en voz baja.

* * *

Esa noche soñé con el auto nuevo.

Al principio, lo vi rodeado por el resplandor de una electricidad crepitante. Me quedé afuera. Extendió la mano hacia la manija de la puerta.

Pero una fuerte descarga eléctrica me hizo retroceder tambaleante.

Lo intenté de nuevo. Lentamente, lentamente, extendí mi mano hacia el mango

cromado. Y de nuevo, un shock chisporroteante me hizo retroceder. El dolor recorrió mi mano, mi brazo, todo mi cuerpo.

Me desperté.

Estaba acostada de lado, con el brazo enterrado debajo de mí. Sentía un hormigueo y un dolor. Mi brazo se había quedado dormido.

Me puse boca arriba y sacudí el brazo hasta que el hormigueo cesó. No pasó mucho tiempo para volver a quedarse dormido.

Volví a soñar con el coche.

Esta vez me senté al volante. Al principio pensé que el coche volaba. Se deslizó con tanta suavidad.

Pero entonces vi árboles oscuros que pasaban corriendo.

Me incliné sobre el volante y miré los dos haces blancos de los faros que guiaban el coche con facilidad. Bajé el pie hasta el acelerador.

Con un suave zumbido, el coche aceleró. Los árboles pasaban zumbando a

ambos lados. Los faros atravesaron la oscuridad. Moví el volante entre mis manos, siguiendo la suave curva del camino.

Más rápido.

El zumbido del motor se convirtió en un rugido grave.

Los árboles que pasaban se convirtieron en una mancha negra contra el cielo gris. El volante rebotó en mis manos. Lo agarré con más fuerza.

Levanté el pie del acelerador.

Pero el coche aceleró. Más rápido. Rapido a hora.

La carretera giraba a la derecha y luego a la izquierda. Giré el volante, tratando desesperadamente de permanecer en el pavimento.

Más rápido.

Ahora sólo podía ver una oscuridad zumbante. Los árboles, el cielo, el camino negro por delante, todo se fundió en una sombra por la que me sumergía. Hundiendo más rápido, más rápido.

Y entonces una luz blanca cegadora me hizo retirar una mano de la rueda que rebotaba para protegerme los ojos.

Faros.

Un coche rugiendo hacia mí... ¡en mi lado de la calle!

Y al volante del otro coche está Marissa. Podía verla tan claramente. Mira su cabello rubio rebotando detrás de ella. Vea la extraña sonrisa en su rostro.

“Marisa—¡no! ¡No!"

Hice girar la rueda. Luchó desesperadamente por alejarse. Pero ella venía directamente hacia mí.

"Marissa... ¡no!" Grité a todo pulmón. *“¡Vamos a estrellarnos!*



Me desperté empapado de sudor.

Mi manta y sábana estaban enredadas alrededor de mis piernas. La camisa de mi pijama estaba enrollada alrededor de mi cuello, asfixiándome.

Me senté temblorosamente.

La luz blanca de los faros se detuvo en mis ojos. Parpadeé varias veces, intentando apagar la luz.

Finalmente, el sueño se desvaneció. Miré la luz anaranjada de la mañana que entraba por mi ventana.

"Vaya", murmuré, sacudiendo la cabeza. "Qué sueño." Me sequé el sudor frío de la nuca y salí de la cama. Mis piernas se sentían temblorosas y débiles. “Qué sueño”, repetí.

Unos minutos más tarde, durante el desayuno, le describí el sueño a Todd. tuve que decir*alguien*al respecto.

“¿Quién es Marisa?” preguntó, masticando un bocado de Frosted Flakes. "I *dijo*tú”, espeté. "La chica que me dejó bajar del coche anoche". "No vi a ninguna chica", dijo. Tenía leche corriendo por su barbilla. "¿Entonces?" Respondí.

Dejó caer su cuchara en el tazón de cereal y me miró entrecerrando los ojos. “¿Alguna vez los sueños se hacen realidad?” preguntó.

"Supongo", respondí. Incliné el vaso sobre mi boca y bebí el resto de mi jugo de naranja. Sin pulpa. Del tipo que me gusta.

"Te refieres a*eso*¿Su sueño podría hacerse realidad?

"De ninguna manera", le dije. “¿Cómo podría? No tengo edad suficiente para conducir, ¿recuerdas?

"Tal vez fue una advertencia", murmuró Todd, tomando un poco más de cereal.

"¿Eh? ¿Qué tipo de advertencia? exigí. Lamenté haberle contado sobre el sueño. Pude ver que eso lo molestó.

Él se encogió de hombros. Más leche goteó por su barbilla.

"¿Por qué no puedes trabajar con una cuchara?" Me burlé. “Realmente no es tan difícil. ¿O tienes un agujero en la barbilla?

Me reí.

Abrió mucho la boca y sacó la lengua para que pudiera ver el trozo de cereal masticado en el interior.

Es tan asqueroso.

"¿Qué pasa si mueres en un sueño?" preguntó.

Su pregunta me tomó por sorpresa. Me quedé mirándolo fijamente al otro lado de la mesa, tratando de entender a qué se refería.

“¿Qué pasaría si tu coche se estrellara en el sueño? ¿Qué pasaría si tú y esta chica realmente chocaran y murieran? ¿Morirías en la vida real?

"¿Eh?" Le fruncí el ceño. "No. No me parece. Es sólo un sueño, ¿verdad? No puedes morir por un sueño. Al menos yo no*pensar*puede."

Salté de la mesa. "Todd, lo siento", dije. “No te enfades. No debería habértelo contado. Fue sólo un sueño estúpido, ¿de acuerdo?

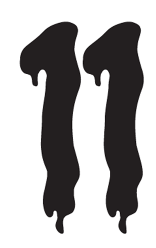
"Está bien", murmuró suavemente. Pero pude ver que estaba pensando mucho. "Casi es hora de irnos", dije, mirando el reloj de la cocina. “¿Tienes tus zapatos puestos?”

Nunca lleva puestos los zapatos. Siempre tengo que esperarlo. Las preguntas asustadas de Todd se repitieron en mi mente.*¿Y si el sueño fuera una advertencia? ¿Qué pasa si te estrellaste?*

Pensé en el auto nuevo. ¡Había estado despierto durante casi una hora y ni siquiera lo había mirado todavía!

Corrí hacia la ventana del frente. Miré hacia la brillante luz del sol de la mañana y jadeé.

El auto ya no estaba.



"Mitchell, ¿qué pasa?"

Mamá corrió a la sala de estar y se abotonó el abrigo. "El auto..."

dije entrecortadamente, señalando el camino de entrada.

“Tu padre lo tomó esta mañana. Tenía una reunión temprana”, informó mamá. "Señora. O'Connor nos va a llevar a todos”.

Di un suspiro de alivio. Pero todavía me sentí decepcionado.

Después de mi aterrador sueño, quería ver el auto y asegurarme de que estuviera bien. Y quería ir a la escuela en él y mostrárselo a mis amigos.

Pensé en el auto todo el día. No creo haber escuchado una palabra de lo que dijo la señorita Grimm, mi maestra.

Justo antes de que sonara la campana final, levanté la vista de mi asiento y vi a la señorita Grimm mirándome con el ceño fruncido. Tenía los brazos cruzados con fuerza frente a ella y golpeaba el suelo con un zapato.

"Mitchell, ¿puedes explicar eso?" ella preguntó. Señaló el papel frente a mí.

"¿Eh?" Miré mis notas de historia. Y lanzó un grito de sorpresa.

Sin notas. Sin palabras en absoluto.

En lugar de eso, había dibujado el auto nuevo. Lo había dibujado una y otra vez, al menos veinte veces...*sin siquiera darme cuenta*.

*¿Cómo pasó esto?*Me preguntaba.

¿Cómo podría mi mano dibujar estos bocetos completamente por sí sola?

* * *

“Por favor, papá, ¡solo un viaje corto! ¿Por favor?"

No me gustaba suplicar. Pero ya se había negado tres o cuatro veces. Entonces, ¿qué opción tenía?

"¿No podemos terminar nuestra cena en paz?" Mamá gimió. Golpeó el tenedor y el cuchillo sobre la mesa.

"Realmente no quiero llevarte a dar una vuelta esta noche, Mitchell", dijo papá pacientemente. “Va a llover y…”

“Y Todd tiene un poco de fiebre”, añadió mamá. “Para que

pueda quedarse en casa”, dije.

“Tengo que quedarme en casa con él”, respondió mamá. "Entonces -"

"¡Entonces, somos solo tú y yo, papá!" Lloré. “¿Qué tal? ¿Solo a la ciudad y de regreso? Tal vez podríamos conseguir aspirinas para Todd o algo así.

Papá se rió. "Todd no necesita aspirina". Se secó la boca con la servilleta. "Pero sí necesitamos leche", añadió.

"Y helado", añadió Todd con voz ronca. "Helado para el dolor de garganta".

"Bien bien." Papá se levantó, empujó la silla hacia atrás y se estiró. "Mitchell y yo daremos un paseo corto en el auto nuevo hasta la ciudad".

“¡YAAAAAY!” Aplaudí, lanzando mis puños al aire. Bebí el resto de mi leche y corrí a buscar mi chaqueta.

* * *

Nubes oscuras colgaban bajas en el cielo, bloqueando la luna y las estrellas. Una niebla baja se aferraba al suelo mientras papá seguía el camino sinuoso colina abajo hacia la ciudad. Algunas gotas de lluvia salpicaron el parabrisas.

"Mira, Mitchell". Papá quitó la mano derecha del volante y condujo con dos dedos de la mano izquierda. "La dirección asistida es tan delicada en este automóvil que apenas es necesario tocar el volante para tener un control total".

"Impresionante", murmuré. "Es un gran auto, ¿no es así, papá?"

Él asintió y una sonrisa se dibujó en su rostro. "Sí. Excelente. ¡Y una auténtica ganga!”

No tuvimos ningún problema hasta el regreso de la ciudad.

La lluvia empezó a caer con mucha fuerza. Cortinas de lluvia retumbaban sobre el parabrisas, desdibujando la luz de los faros, haciendo imposible ver.

“Es como conducir bajo el agua”, murmuró papá, reduciendo la velocidad del auto. Inclinándose sobre el volante, conducía con la mano izquierda. Su mano derecha buscó a tientas el tablero.

"No puedo encontrar los limpiaparabrisas", frunció el ceño. “¿Ves el control del limpiaparabrisas?” Me incliné hacia adelante tanto como me lo permitió el cinturón de seguridad. Miré el tablero con los ojos entrecerrados. Radio... calentador... señal de destello...

"No. No lo veo, papá”.

Papá lanzó un suspiro de frustración. Detuvo el auto a un lado de la carretera. La lluvia bañó el auto como olas del océano, una ola tras otra.

"Rápido, abre la guantera", ordenó papá. “Encuentra el manual. Nos dirá dónde encontrar el control del limpiaparabrisas. Apurarse."

Continuó buscando en el tablero. "¿Dónde está? ¿Dónde está ese estúpido pomo?

Papá odia cosas como esta. Siempre lo pierde en caso de emergencia. “Lo encontraré”, le aseguré. Bajé la tapa de la guantera. Una pequeña luz se encendió.

Bajé la cabeza y miré dentro.

"¡Ey!" Grité de sorpresa. No hay ningún manual del coche ahí. Nada. Vacío. Excepto por un trozo de papel blanco roto.

"¿Qué es?" Exigió papá, todavía buscando en el tablero.

Saqué el trozo de papel de la guantera y, sosteniéndolo en la penumbra, leí las palabras garabateadas.

Dos palabras:I'MALVADO.



I'MALVADO.

Le leí las palabras a papá.

“¿Qué clase de broma estúpida es esa?” él gruñó.

La lluvia azotó el coche. Una ola pesada y oscura nos invadió. El coche se balanceó bajo su peso.

Papá dejó escapar un grito. Escuché un sonido chirriante y vi que las escobillas del limpiaparabrisas empezaban a deslizarse sobre el parabrisas. Más allá del parabrisas, pude ver la mancha amarilla de nuestros faros.

"¡Lo encontré!" exclamó papá. "El estúpido control está en el eje del volante".

Los limpiaparabrisas se deslizaron lentamente hacia arriba y luego hacia atrás, limpiando el cristal sólo durante un segundo antes de que la lluvia lo cubriera de nuevo.

Esperamos un rato al costado de la carretera, escuchando el rugido constante de la lluvia y viendo cómo los limpiaparabrisas alejaban el agua. Finalmente, la lluvia disminuyó lo suficiente como para poder ver con claridad. Papá puso marcha y guió el auto de regreso a la carretera.

"Alguna tormenta", murmuró mientras seguíamos el camino sinuoso colina arriba hacia casa.

"Sí. Alguna tormenta”, repetí.

Pero no estaba pensando en la lluvia. Sostuve el trozo de papel en mi mano y lo miré todo el tiempo.

I'MALVADO.

¿Por qué alguien escribiría eso? ¿Por qué lo dejaron en nuestra guantera?

* * *

Mis amigos Allan y Steve vinieron la noche siguiente después de cenar. Estaba en mi habitación dibujando el auto nuevo. Planeé diseñar mi propio modelo y luego construirlo.

"Te apuesto diez dólares a que Mitchell está dibujando un auto", escuché decir a Allan desde el pasillo.

"No hay apuesta", respondió Steve. "Esa es una

apuesta tonta". Siempre estaban apostando a todo.

Irrumpieron en la habitación y se rieron cuando me vieron encorvado sobre mi dibujo.

Ambos son tipos grandes, más altos que yo y de aspecto atlético, con cuellos anchos como jugadores de fútbol. Allan tiene el pelo rojo rizado y muchas pecas. Mamá dice que se parece al chico americano, sea lo que sea que eso signifique.

Steve tiene el pelo negro, está muy afeitado y lleva un anillo plateado en uno de ellos. oreja.

“¿Qué están haciendo ustedes aquí?” Pregunté, dejando mi bolígrafo. "Has

estado hablando sin parar sobre tu increíble auto nuevo", respondió Allan. "Así que vinimos a comprobarlo".

Steve sonrió. “¿Tienes las llaves, Mitchell? ¿Quieres llevarnos a dar una vuelta?

"Ja, ja", dije, poniendo los ojos en blanco. "Eres un alboroto".

"Nos dijiste que tu papá te dejaba conducir", insistió Steve, tomando el dibujo de mi auto y estudiándolo.

“Sí, el verano pasado. Pero eso fue en el desierto de Arizona, y no había ningún otro automóvil en cien millas a la redonda”, respondí.

Dejó el dibujo sobre el escritorio y tiró de mi brazo. "Vamos. Muéstranos el coche”.

Le abrí el camino hacia las escaleras. Por supuesto, nos topamos con Todd. Cuando vienen mis amigos, Todd siempre se las arregla para estar presente.

"¿Adónde vas?" —preguntó, bloqueando la escalera.

“A Brasil”, bromeó Allan. "Apártate del camino o perderemos nuestro avión".

"Llévame contigo", insistió Todd, cruzando sus brazos flacos sobre su pecho flacucho.

“¿Por qué quieres ir a Brasil?” —le preguntó Allan.

“No vas a ir a Brasil. Vas a revisar el auto nuevo”, respondió Todd.

"Está bien, está bien, puedes venir". Suspiré. Sabía que si no estaba de acuerdo, él vendría de todos modos.

Agarré una chaqueta y salimos. Era una noche fresca y nublada. El suelo todavía estaba húmedo por las fuertes lluvias de la noche anterior.

Allan y Steve pasaron corriendo junto a mí hacia el auto estacionado cerca del final del camino de entrada. La luz de la farola se derramaba sobre él, haciendo brillar el acabado azul.

"¡Muy fresco!" Declaró Allan.

Steve pasó la mano por el capó y luego se inclinó para examinar las cubiertas de los faros. "Está construido muy bajo", comentó. "Como un coche de carreras".

"También suena como un auto de carreras", le dije. "Tiene un V-8 que ruge cuando pisas el acelerador".

"Genial", murmuró. Él se paró. “¿Podemos entrar?” "Sí.

¿Por qué no?" Respondí.

Agarré la manija del lado del conductor y abrí la puerta. El recuerdo de la cerradura atascada pasó por mi mente.

Pero no había vuelto a suceder, así que no me preocupé por eso. Probablemente papá hizo arreglar todo en el garaje.

Me deslicé detrás del volante. Allan subió a mi lado. Todd y Steve se amontonaron atrás. Cerramos todas las puertas.

“Mmmm. Asientos de cuero auténtico”, declaró

Steve. "Enciende la radio", exigió Allan.

"No puedo", le dije. "No traje la llave".

"Bueno, ve a buscarlo", insistió Allan.

“No creo que a papá le guste”, dije. "Dice que si te sientas en un auto con la radio encendida, la batería se gasta".

Escuché el clic de las cerraduras de las puertas. El sonido me hizo saltar.

Me volví hacia Allan que estaba a mi lado. “¿Golpeaste el control de cerradura de tu puerta?”

Sacudió la cabeza. "De ninguna manera."

Me estremecí.

"Oye, ¡hace frío aquí!" Todd se quejó. Él estaba en lo correcto.

Pude ver mi aliento vaporizarse hacia el parabrisas. Me estremecí de nuevo y me subí la chaqueta por completo.

Sentí una ola de aire frío que me invadió. Y luego otra explosión, aún más fría.

"Oye, Mitchell, apaga el aire acondicionado", llamó Steve, inclinándose sobre el asiento. "Hace mucho frío aquí".

Temblando, me volví hacia él. “El aire acondicionado no está encendido. Te lo dije, no tengo la llave”.

"Me estoy congelando", tartamudeó Todd.

Me quedé mirando el parabrisas. ¡El vaso se estaba congelando por dentro! *No es un resfriado normal*Me di cuenta.*es tan pesado*, profundo*frío. ¿De dónde viene?*

"Esto es totalmente extraño", murmuró Allan a mi lado.

"Me voy", declaró Todd detrás de mí. "Mi cara... ¡se está congelando!"

Lo oí tirar de la manija de la puerta. Y entonces lo oí gritar. “Oye, está cerrado. Mitchell, abre la puerta.

Probé mi puerta. Bloqueado.

Una vez más, busqué el control de bloqueo.

“¡Ha-t-t-frío!” Escuché a Steve tartamudear. “Mitchell, vamos. Abre las puertas."

"Lo estoy intentando", le dije. Mi mano buscó a tientas los controles de la puerta buscando el botón correcto.

El aire se hizo más frío. Me froté la nariz y las orejas. Estaban entumecidos. Me duelen las fosas nasales cuando inspiro.

Tan frío ...

Me dolía el pecho. De repente se sintió tenso. Luché por respirar, pero mi pecho palpitaba de dolor.

*El frío me corta el aire,*Me di cuenta. Cada respiración producía un sonido agudo y sibilante.

Mi pecho palpitaba. No podía dejar de temblar.

Probé la puerta de nuevo. Pero mis dedos entumecidos no se doblaban. No pude agarrar el mango.

Frenética, ahogada por el pánico, empujé mi hombro contra ella. No.

No se movería.

Y luego escuché risas. Muy débil. La risa de una niña. Suave y… cruel.

Risa mala.

El aire se volvió aún más frío. Me ahogué. Luchó por respirar. Pero no pude.

*¿Se me congelaron los pulmones?* "¡Déjanos salir!" Todd chilló. "¡Salgamos de aquí!"

Steve gritó.

Todos golpeábamos puertas y ventanas.

“¡Déjennos salir! ¡Que alguien nos deje salir!



Mi puerta se abrió de golpe.

Me caí. Temblando, todo mi cuerpo temblando por el frío, aterricé de costado en el camino de entrada.

Y miró fijamente a Marissa.

Marissa abrió una puerta trasera y Todd y Steve salieron corriendo. Abrazándose, comenzaron a saltar arriba y abajo, tratando de calentarse. Un segundo después, Allan salió por la puerta abierta del conductor y se unió a ellos.

Me puse de pie, obligándome a dejar de temblar. El aire de la noche parecía balsámico y cálido en comparación con el interior del coche.

"¿Qué está sucediendo?" Preguntó Marissa, volviéndose de mí hacia los demás. “¿Qué les pasa a ustedes?”

"Ff-congelación", dijo Steve ahogándose.

"Voy a entrar", anunció Todd. “¡Tengo que calentarme!” Salió corriendo y desapareció dentro de la casa.

Marissa me miró. "Mitchell, ¿estabas encerrado otra vez?"

"Sí. Estábamos encerrados”, gruñó Steve, respondiendo por mí. “¡Y ese tonto tenía el aire acondicionado encendido!”

"¡No hice!" Lloré.

"Broma divertida, Mitchell", murmuró Allan. "Muy divertido." Steve me dio un empujón. "Tienes un extraño sentido del humor". "Vamos, chicos..." supliqué. “Tienes que creerme. Yo no... Pero echaron a correr por la calle, hacia sus casas.

Los observé hasta que desaparecieron en el siguiente bloque. Luego me volví hacia Marissa. "Qué suerte que viniste de nuevo", le dije.

"Sí. Supongo que sí", respondió, todavía estudiándome. "Realmente deberías arreglar esas puertas".

"Pensé que mi papá los había arreglado en el garaje", le dije. Mientras

hablaba con Marissa, pensaba en las risas que había escuchado dentro del auto. La risa suave y cruel de la niña.

Risa tan fría como el aire del coche.

"Tengo miedo de contarle a papá lo de las puertas", dije. "Podría intentar arreglarlos él mismo". Negué con la cabeza. "Si lo hace, sólo los empeorará".

"Pero no puedes dejarlos así", insistió, con sus ojos fijos en los míos. "Es peligroso, Mitchell. Es realmente peligroso".

* * *

Era casi medianoche, pero no podía conciliar el sueño.

Mamá y papá se habían acostado a las once. La casa estaba en silencio y en silencio. Ráfagas de viento golpeaban los viejos cristales de la ventana de mi dormitorio.

En pijama, me apoyé en el alféizar de la ventana y miré el auto al final del camino de entrada. De repente me pareció un leopardo a punto de saltar.

Sentí una mano en mi hombro.

Grité y me di la vuelta.

"Todd, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué sigues despierto?" exigí.

Él no respondió. A la luz de la calle pude ver su rostro, tenso por el miedo.

Se puso a mi lado y miró hacia el auto. "Está embrujado", susurró Todd.

"¿Qué?"

"El coche está embrujado", dijo.



Gruñí. "Todd, por favor, no vuelvas a empezar con esas cosas de fantasmas".

"Está embrujado", repitió, apoyándose en el alféizar de la ventana y mirando el auto. Todo su cuerpo se estremeció. Se volvió hacia mí. "Escuché a esa chica reír, Mitchell".

Mi boca se abrió. "¿Tú también lo escuchaste?"

El asintió.

"Podría haber sido Marissa la que estaba fuera del auto", dije en voz

baja. "Tal vez", respondió. "Pero alguien cerró esas puertas. Alguien nos encerró y luego lo enfrió".

"Todd—"

"¡Era un fantasma!" Declaró, con la voz temblorosa y el rostro muy pálido a la luz gris del exterior. "Sé que era un fantasma. El coche está embrujado, Mitchell.

Estaba temblando. Puse mis manos suavemente sobre sus hombros. "Eso es una locura, Todd", susurré. "Tienes que dejar de imaginar fantasmas todo el tiempo".

"Pero... pero..." farfulló.

"El auto necesita arreglo, eso es todo", le aseguré. "Es un auto usado. Sólo necesita un poco de trabajo".

Hablamos un rato más. Creo que lo calmé. Dijo buenas noches y regresó a su habitación.

Empecé a acostarme. Se detuvo a medio camino del suelo.

Algo me atrajo hacia la ventana. Tuve que ver el auto una vez más.

Pesadas nubes negras flotaban a baja altura sobre la colina. La luna y las estrellas estaban cubiertas por un manto de oscuridad.

Miré hacia el camino de entrada y jadeé de sorpresa. El coche estaba

bañado por un espeluznante resplandor verde.

La pálida luz verde rodeó el coche, titiló a su alrededor, volviéndose más y más brillante y luego apagándose.

Luego más brillante otra vez.

Pulsante.

*¿Qué está haciendo eso?*Me preguntaba. Miré hacia abajo por la ventana, con la frente presionada contra el frío cristal.

*¿Tiene razón Todd? ¿El coche está realmente embrujado?*

Me alejé de la ventana y agarré mi ropa. Tenía que averiguarlo.



Bajé las escaleras cargando mis zapatos. Si mamá y papá oyeran crujir los escalones, me atraparían. ¿Y cómo podría explicar por qué me escapé en medio de la noche?

Me senté en el pasillo y me puse mis zapatillas. No me molesté en atarlos. Quería bajar al auto antes de que ese extraño brillo verde desapareciera.

Podía escuchar el viento silbando a través de las ventanas de la sala. Los viejos cristales vibraron. Sonaba como si alguien estuviera sacudiendo la casa.

¡No es de extrañar que el pobre Todd pensara que el lugar estaba embrujado!

Papá planeó reemplazar los viejos marcos de las ventanas. Pero no había tenido tiempo. Cuando hacía mucho viento, teníamos que usar suéteres o abrigos dentro de casa.

Me puse la chaqueta de plumas. Las llaves del coche estaban sobre la mesita junto a la puerta principal. Los recogí y los metí en el bolsillo de mi abrigo. Luego abrí con cuidado la puerta principal y salí.

Una fuerte ráfaga de viento me empujó contra la puerta. Mi cabello voló hacia mis ojos. Busqué a tientas la cremallera de mi chaqueta y finalmente logré subirla hasta el cuello.

El rocío de la noche se había congelado, dejando una fina capa de escarcha sobre el césped delantero. Resbalándome y deslizándome, corrí por el césped hasta el camino de entrada.

El coche ya no brillaba.

Estaba bajo la luz de la farola, reluciente y quieto. Corrí hacia la puerta del conductor, mi respiración se elevaba frente a mí en bocanadas de vapor blanco.

Miré por la ventana esmerilada. Oscuro dentro del auto.

Oscuro y vacío.

Pasé la mano por el techo.

*¿Por qué no brilla?*Me preguntaba.*¿Fue una especie de ilusión óptica, un truco de la luz de mi ventana de arriba?*

Me sentí decepcionado.

El coche encierra un misterio y quería resolverlo.

Pero aquí estaba yo, en la noche fría y ventosa, de pie en el camino de entrada, mirando un auto vacío.

"Mitchell, estás actuando como un idiota", me reprendí. Sacudiendo la cabeza, me di vuelta y comencé a caminar de regreso a la casa.

Había caminado sólo uno o dos pasos cuando escuché la suave voz:*“ Sube. Vamos, entra.*

"¿Eh?" Dejé escapar un grito de sorpresa y me giré con tanta fuerza que mis pies casi se deslizaron debajo de mí en el camino cubierto de escarcha.

*“Entra. Date prisa. Subir en."*

Regresé al auto, apoyándome en otra fuerte ráfaga de viento. "¿Quién eres?" Llamé. "¿Dónde estás?" Mi voz apagada me sonó en la cara.

Silencio ahora. Excepto por el soplo del viento entre los árboles casi desnudos. Hojas muertas de color marrón se arremolinaban a mis pies y giraban alrededor de mis piernas como si intentaran detenerme.

Pero agarré la manija de la puerta. "¿Quién eres?" Lo repeti.

El miedo frío hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Sabía que no debía obedecer la voz. Sabía que debía permanecer fuera del auto.

Recordé las puertas cerradas, el aire gélido, la risa fría y cruel. Pero

me escabullí afuera para resolver el misterio. Y no pude resolverlo parado aquí, temblando, mirando un auto vacío.

Abrí la puerta y me puse detrás del volante.

El asiento de cuero estaba tan frío que me picaba la piel a través de la ropa. Mi aliento empañó el parabrisas. Me froté las manos sobre el frío y suave volante.

"¿Estás aquí?" Susurré, volteándome, buscando a mi alrededor. “¿Hay alguien aquí?”

Escuché la suave voz de la niña.

Silencio.

"Mitchell, eres un idiota", murmuré en voz alta.

Estaba cayendo en la estúpida charla sobre fantasmas de mi hermano. "Sí, claro", me dije, poniendo los ojos en blanco. "Estás sentado en un coche embrujado".

El furioso viento hizo que un montón de hojas muertas se deslizaran por el parabrisas. Sorprendida, levanté las manos como para protegerme.

Las hojas se apretaban contra el cristal como si empujaran para entrar. Otra ráfaga de viento se los llevó.

“¿Hay alguien aquí?” Lo intenté de nuevo. “¿Alguien me llamó?”

Silencio.

Temblando, metí las manos en los bolsillos de mi abrigo. Y palpó las llaves del coche.

Los saqué y los miré. ¿Por qué los traje conmigo? ¿Planeaba arrancar el auto?

No claro que no.

Los recogí porque es media noche y estoy medio dormido y no pienso con claridad.*y volverme loco porque hay algo extraño en este auto que no puedo entender*!

Deslicé la llave en el contacto y la giré una muesca. No arrancó el motor. Tienes que girar la llave hasta el fondo para arrancar el motor.

"¿Qué estoy haciendo?" Me pregunté a mí mismo.

Sabía que no debería estar aquí. Debería estar en mi cama, a salvo, calentito y dormido.

Pero no pude detenerme.

Tuve una sensación aterradora. La sensación de que una fuerza extraña e invisible me había empujado hacia el interior del coche. Me había obligado a deslizar la llave en el contacto. Me había obligado a girar la llave.

Y luego, sentí una ráfaga de aire frío cuando mi mano salió disparada e hizo clic en la radio.

Esperaba una explosión de música. Pero en lugar de eso, escuché el crujido y el silbido de la estática.

Presioné un botón. Luego otro.

No, sin música.

¿Estaba rota la radio?

Giré la perilla de volumen y la subí al máximo.

Y la voz, la suave voz de niña, susurró desde los altavoces: *“Soy malvado... soy tan malvado...”*

Abrí la boca para llamarla, pero sólo un gorgoteo ahogado escapó de mi garganta.

*"Soy tan malvado..."*

Antes de que pudiera emitir un sonido, el motor arrancó. Los faros se encendieron. El coche puso marcha atrás.

“¡Nooo!” Lloré. “¡Esto no está pasando! Este*no poder*estar

sucediendo!” Pero con una sacudida que envió mi cabeza contra el parabrisas, el auto salió disparado hacia la calle.

"¡Ey!" Grité. "¡Para esto! ¡Déjame salir! ¡Detener!*¡Déjame salir!*"



El coche salió disparado rápidamente a la calle.

Como empujado por una mano invisible, la palanca de cambios se movió para conducir. "¡Detener! ¿Lo que está sucediendo?" Grité.

Agarré la manija de la puerta. Lo levanté y empujé todo mi peso contra la puerta.

Bloqueado. Bien cerrado.

"¡Déjame salir!"

Los neumáticos patinaron sobre el pavimento resbaladizo y helado. El coche salió disparado y bajó la colina por Forrest Valley Road.

"¡No! ¡Esto es Loco! ¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo?" Intenté frenéticamente abrir la puerta de nuevo. No se abrió.

El coche patinó sobre la acera. Ganó velocidad mientras tomaba una curva cuesta abajo. Agarré el volante, luchando por mantener el auto en la carretera. Jadeando de pánico, pisé de golpe el pedal del freno.

Pero el coche aceleró en lugar de reducir la velocidad hasta detenerse.

Las risas brotaron de los parlantes de la radio. La misma risa baja y fría de antes.

"¿Quién eres? ¿Dónde estás?" Grité.

Pisé el freno de nuevo, pero el auto no redujo la velocidad. Agarré la llave en el encendido y la apagué.

Pero el motor rugió aún más fuerte.

Saqué la llave del contacto y la metí en el bolsillo de mi abrigo. Pero el coche rodó aún más rápido.

“¡Nooo!” Lancé un grito aterrorizado cuando el auto se salió de la carretera y los neumáticos patinaron. Mi cabeza golpeó el techo cuando el auto chocó contra el duro suelo.

Agarré el volante con ambas manos. Se inclinó sobre él. Hágalo girar con fuerza.

Guió el coche de vuelta a la carretera.

El camino descendía abruptamente. Los edificios de la ciudad aparecieron a la vista, muy por debajo de nosotros.

Pisé el freno. Intenté cambiar a estacionamiento. Tiré del freno de emergencia.

Pero el coche rodaba cada vez más rápido, con el motor rugiendo.

*“¿Disfrutando el viaje?”*

La voz de la chica flotaba en los altavoces, tan suave que apenas podía oírla por encima del rugido del motor y el retumbar de los neumáticos.

*"¿Eres? ¿Lo estás disfrutando?"*

"¡Para! ¡Detén el auto, por favor! Me atraganté. La rueda rebotó en mis manos. Lo hice girar con fuerza, luchando por seguir las curvas mientras bajábamos las empinadas pendientes.

Escuché un silbido largo y bajo. Desde algún lugar muy lejano. ¿Un silbato de tren?

La risa de la niña ahogó el sonido.

"¿Quién eres? ¿Dónde estás?" Exigí, agarrando el volante, moviéndolo entre ambas manos.

A pesar del frío de la noche, el sudor me corría por la frente. Mis manos húmedas se deslizaron sobre el volante.

*"¡Pero a ti te gusta conducir!"*—insistió la voz, burlona, muy cruel.

"¡No! ¡No, no lo hago! Lloré. "Para el coche. ¡Vamos a estrellarnos! ¡Detenlo ahora!"

*"¿Para? Bueno,"*ella ronroneó.

Sentí que el pedal del freno golpeaba el suelo y me quedé allí. Oí chirriar los neumáticos.

El coche patinó y perdió el control. Giré la rueda, pero no sirvió de nada.

Grité cuando el auto comenzó a girar.

Los neumáticos chirriaron en señal de protesta y el coche se salió de la carretera. Chocó con hierba y arbustos. Rebotó y patinó.

Hacia los árboles altos y oscuros más allá del arcén.

La risa de la niña surgió de los parlantes y se elevó a mi alrededor mientras los árboles se acercaban.

*voy a estrellarme,*Me di cuenta en esos pocos segundos rápidos.

La risa resonó en mis oídos. Sonó y resonó como si estuviera dentro de mi cabeza.

*Voy a estrellarme.*

*Voy a morir.*

Tiré del volante con fuerza, tratando frenéticamente de alejar el auto de los árboles.

El coche rebotó con fuerza.

"¡Ay!" Grité cuando mi cabeza volvió a golpearse contra el techo. Los árboles oscuros se alzaban en el parabrisas. Los neumáticos raspaban la hierba alta y la maleza.

"¡Sí!" Giré la rueda de nuevo y los árboles desaparecieron de mi vista. El coche giró, se balanceó arriba y abajo y volvió a mirar a la carretera.

Otro duro golpe. Y luego estaba de nuevo en la acera. Rugiendo a lo largo de la calle oscura y curva. Cogiendo velocidad.

"¡Para el coche! ¡Para!" Grité, la rueda se sacudió y giró bajo mis manos.

La risa de la niña flotó sobre el rugido del motor.

A lo lejos oí de nuevo el silbido del tren. "¿Quién eres? ¿Por qué estás haciendo esto?" Pregunté, mi voz rebotaba con el auto.

Más risas frías. Y luego ella gimió,*"Soy malvado... soy tan malvado".* Y a la luz de los faros apareció el cruce de trenes. Vi las barandillas deslizarse hacia abajo. Las luces rojas destellaron.

A la izquierda, podía ver la silueta oscura del tren, negra contra el cielo nocturno violeta. Un zumbido de movimiento cuando la locomotora se acercó al cruce.

Escuché otro silbido largo y bajo del tren.

Pisé con fuerza el freno con el pie. Pero el coche salió disparado.

Las barandillas brillaron a la luz de los faros mientras el coche avanzaba rugiendo hacia las vías. *"Adiós, Mitchell".*La voz de la niña ronroneó por los altavoces. *"Espero que hayas disfrutado tu viaje. Su*último*conducir."*



Los faros gemelos de la parte delantera del tren iluminaban el cruce a sólo unos metros delante de mí. Luz blanca brillante que me hizo protegerme los ojos.

Y gritar más fuerte de lo que jamás he gritado. Mi grito se elevó por encima del chirrido de la locomotora del tren. Se me cortó el aliento cuando el auto frenó con una fuerte sacudida.

"¡Oooohhh!" Me lancé hacia delante sobre el volante.

Luego me balanceé con fuerza contra el asiento. Los neumáticos chirriaron como si lloraran.

El parachoques delantero chocó contra las barandillas de madera. El coche se detuvo de golpe.

El tren pasó rugiendo.

Me quedé mirando el zumbido de los vagones del tren, jadeando, mi pecho subiendo y bajando, luchando por recuperar el aliento. Tenía la garganta en carne viva de tanto gritar. Un escalofrío tras otro hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

El tren pasó ruidosamente. Emitió otro silbido largo y bajo, que se desvaneció en la distancia.

Silencio ahora. Excepto por mis respiraciones rápidas y superficiales y los latidos de mi corazón.

El coche retrocedió lentamente, alejándose de las barandillas.

*"¿No fue divertido?"*La voz de la niña susurró desde los parlantes de la radio. *"¿Eso te dio emoción?"*

"¡No!" Lloré enojado. "¿Estás loco?"

Con un gruñido furioso, apagué el dial de la radio.

Pero eso no cortó la risa de la niña.

El coche volvió a pasar entre árboles y casas, siguiendo la carretera con curvas cuesta arriba. Apenas me di cuenta. Estaba temblando. Todavía podía oír en mi mente el rugido y el ruido de los vagones del tren a toda velocidad.

"¿Quién eres?" Finalmente me atraganté. "¿Eres un fantasma? ¿Persigues este auto?

Sin respuesta.

"¡No entiendo!" Lloré. "Dime quien eres. ¿Por qué intentaste matarme?

Silencio.

Y luego el suave gemido,*"Soy malvado... soy tan malvado".* El coche

redujo la velocidad hasta detenerse.

Miré por el parabrisas y, para mi sorpresa, vi a mis padres, con sus batas ondeando sobre sus pijamas, corriendo descalzos por el camino de entrada.

*¡Estoy en casa!*Solté un largo y estremecido suspiro de alivio. Papá

abrió la puerta del conductor. "¡Mitchell!" él bramó. "Como pudiste *hacer¿*este?"

"¿Cómo? ¿Cómo?" Me agarró del brazo y me sacó del auto. Sus ojos ardieron furiosamente en los míos. Nunca lo había visto tan enojado.

Detrás de él, mamá negó con la cabeza. Vi lágrimas en sus mejillas. "Esto es lo peor que has hecho en tu vida", dijo entrecortadamente. "Lo peor." "No podemos creer que te hayas llevado el coche", dijo papá con los dientes apretados. Su mano apretó mi brazo.

"Pero... pero... ¡yo no lo hice!" Farfullé.

Los ojos de papá miraron por encima de mi hombro hacia la puerta abierta del auto. "Mitchell, estás en serios problemas", dijo, con la voz temblorosa de ira. "No digas mentiras. No inventes ninguna historia. No hay nadie más en el auto. No te atrevas a intentar decirnos que no lo tomaste".

"Pero... ¡puedo explicarlo!" Yo empecé.

Tomé una respiración profunda. ¿Donde debería empezar? ¿Cómo podría convencerles de que no conducía el coche?

"¿Hola Qué pasa?" La voz de una niña gritó antes de que pudiera comenzar a explicar.

Me volví y vi a Marissa corriendo por el camino de entrada.

"¿Está todo bien?" llamó, su cabello rubio moviéndose sobre sus hombros mientras corría. "¿Por qué todos están despiertos tan tarde?"

"¿Quienes son?*tú*?" Soltó mamá, secándose las lágrimas de las mejillas. "¿Eres amigo de Mitchell?"

"Ella acaba de mudarse", le dije a mamá.

"Soy Marissa Meddin", anunció Marissa. "Estuve despierto hasta tarde. Escuché voces. Vi a Mitchell aquí...." Su voz se apagó.

"Mitchell está en un problema muy grande", dijo papá, finalmente soltando mi brazo. "Mitchell ha hecho algo realmente terrible".

Los ojos de Marissa se fijaron en los míos.

"¡No es verdad!" Lloré. "Mamá, papá, ¡tienes que creerme! Salí y me senté en el auto. Pero no lo ahuyenté".

"Mitchell, eso es ridículo", insistió mamá.

"Te advierto que digas la verdad por última vez", dijo papá enojado.

No pude aguantar más. "¡El coche está embrujado!" Grité.

Mamá y papá gritaron sorprendidos. Marissa me miró con la boca abierta. "Sé que no me creerás, ¡pero es verdad! Escuché la voz de una niña. Ella seguía riéndose y diciendo lo malvada que era. Ella conducía el coche. Yo no lo conduje. No pude controlarlo. Hay un fantasma. En realidad. Un fantasma -"

"Mitchell, detente ahora mismo", dijo papá. "¿De repente te has convertido en Todd? No vamos a creer ninguna historia loca sobre un fantasma".

"Sólo te estás metiendo en más problemas", suspiró mamá.

"Pero ella trató de*matar*¡a mí!" Lloré.

Marissa me miró entrecerrando los ojos. Su expresión cambió. Vi su barbilla temblar. De repente pareció muy asustada. "Tal vez Mitchell esté diciendo la verdad", dijo en voz baja.

No creo que mamá y papá la escucharan.

"¿Qué tenías en mente?" Exigió mamá, más lágrimas rodando por sus mejillas. Se puso la bata de baño a su alrededor. "¿Que estabas pensando?

¿De verdad pensaste que tu papá y yo no nos daríamos cuenta de que el auto había desaparecido?

"No pensaste en absoluto, ¿verdad, Mitchell?" Papá acusó. “Tenías tantas ganas de conducir el auto, así que simplemente robaste las llaves y lo llevaste a dar una vuelta”.

"¡Pero sólo tienes doce años!" Mamá lloró.

“El auto está embrujado. ¡Puedo probarlo!" Insistí. "Yo estoy diciendo la verdad. Te lo demostraré”.

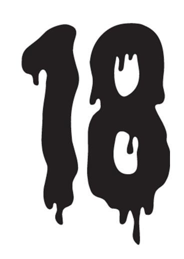
No les di la oportunidad de detenerme.

Me di vuelta y me lancé de regreso al auto. “Venid y escuchad”, les ordené. “Hay una voz. La voz del fantasma. Sale por los parlantes. Ella te lo dirá. Ella te dirá la verdad”.

Me incliné hacia el auto. Se apiñaron detrás de mí.

Metí la mano y encendí la radio.

“Adelante”, le dije a la voz. “Cuéntales lo que hiciste. Diles la verdad. Diles por qué persigues este auto.*Decir*¡a ellos!"



La noche siguiente, después de cenar, estaba arriba en mi habitación hablando con Steve por teléfono. “Sólo puedo permanecer treinta segundos”, le dije. “Es la nueva regla. Estoy prisionero aquí en mi propia casa”.

"Qué*eso*¿acerca de?" -Preguntó Steve. "Me llevará demasiado tiempo explicarlo", suspiré. “¿Entonces estás en problemas?” preguntó.

"Estoy castigado de por vida".

“¡Vaya! ¡Eso es totalmente inquietante! -exclamó Steve-. "¿Por qué? ¿Qué hiciste?"

“Mis padres creen que robé el auto nuevo y luego mentí al respecto”, le dije.

"¿Lo has hecho?" el demando. "¿Realmente sacaste el auto?" "Más o menos", respondí.

Entonces sonó el cronómetro de mi cocina. Se me acabaron los treinta segundos. "Que tengas una buena vida", le dije a Steve con tristeza. Luego colgué.

Golpeé el cronómetro en mi escritorio. Mamá me lo había dado para cronometrar mis llamadas telefónicas. ¿Qué puedes decirle a alguien en treinta segundos?

No fue justo.

Todo esto no fue justo. No hice nada malo. Pero nadie me creería jamás que el auto estaba embrujado. Bueno... de repente recordé que había una persona que definitivamente me creería.

Caminé por el pasillo hasta la habitación de Todd.

Lo escuché reír allí. Cuando entré, lo vi inclinado sobre el teclado de su computadora, mirando el monitor, jugando.

Se alejó de la pantalla cuando me escuchó entrar. "¿Qué pasa?" preguntó alegremente. "¿Quieres jugar conmigo?"

"No puedo", gemí. "No tengo permitido divertirme, ¿recuerdas?" Él frunció

el ceño. "Nunca vi a mamá y papá tan enojados".

Me dejé caer en el borde de la cama de Todd. "¿Me crees?" Le pregunté. “¿Crees mi historia sobre el fantasma en el auto?”

Todd asintió solemnemente. "Sí. Por supuesto que te creo”, respondió, su voz era apenas un susurro. "Y sé quién es el fantasma".

"¿Eh?" Jadeé. "¿Tú haces? ¿Sabes?" Él

asintió de nuevo.

Crucé la habitación dando tumbos y lo agarré por los hombros. "Todd, dímelo", exigí. "¿Quién es? ¿Quién es el fantasma?



"Es esa chica nueva, Marissa", dijo Todd solemnemente.

Me quedé boquiabierto. "¿Disculpe?"

"Es Marissa", repitió. "Ella es la que está rondando el coche". Me reí. "Eso es totalmente loco". Puse los ojos en blanco. “¿Por qué te lo pregunté? Debería haber sabido que se te ocurriría algo totalmente loco.

"No es una locura", respondió Todd en voz baja. Se sentó en el otro extremo de la cama y cruzó los brazos sobre el pecho. “Ella apareció aquí el mismo día que el auto, ¿verdad? Y ella siempre aparece de repente para dejarte salir cuando la puerta se atasca. ¿Bien?"

Me rasqué la cabeza. "Sí. Bien. Pero eso no prueba nada”. “¿Cómo es que ella siempre está ahí, incluso en medio de la noche?” —preguntó Todd. “Porque ella es un fantasma. Porque ella persigue el auto. Lo sé."

"Eso es totalmente tonto", le dije. “Marissa es una chica real, no un fantasma. Ella no vive en el auto. Se mudó a nuestra calle la semana pasada. Te lo demostraré”.

Me levanté de un salto, corrí por el pasillo y agarré mi teléfono inalámbrico. Luego lo llevé a la habitación de Todd.

Marqué el 411. “¿Hola? ¿Información? Me gustaría el número de teléfono de la familia Meddin. Acaban de mudarse a Scotts Landing Road.

Aún con los brazos fuertemente cruzados, Todd mantuvo sus ojos en mí mientras esperaba que el operador encontrara el número. Pude ver que estaba tenso. Se mordió el labio inferior.

"Lo siento", informó el operador. "No hay ningún listado para Meddin en Scotts Landing".

"Oh", murmuré. Un escalofrío recorrió mi espalda. Le di las gracias y colgué el teléfono.

Luego me volví hacia Todd. "Tal vez aún no tienen su teléfono conectado", dije. Lo agarré del brazo y lo puse de pie. "Vamos. Vamos."

"¿Eh? ¿Ir?" Liberó su brazo. "¿Ir a donde?"

“Vamos a la casa de Marissa”, respondí. "Quiero demostrarte que ella no es un fantasma".

"Pero... ¡pero estás castigado!" farfulló. "No tienes permitido salir de casa, Mitchell".

"Mamá y papá están en el sótano", le dije. “Mamá está ayudando a papá con un proyecto que arruinó. Estarán ahí abajo durante horas. Regresaremos antes de que se den cuenta de que nos hemos ido”.

Bajamos sigilosamente las escaleras y cogimos linternas y nuestras chaquetas. Oí a mamá y papá discutiendo en el sótano. Siempre se gritan cuando trabajan juntos en uno de los proyectos de papá.

Todd y yo salimos sigilosamente por la puerta principal. Era una noche fría y nublada. No hay luna ni estrellas en el cielo.

Pasamos corriendo junto al coche. El camino de entrada estaba oscuro y vacío. Sin brillo verde. Ningún fantasma nos sonríe desde el asiento delantero.

Nos dirigimos a la calle. Cerca, algo correteaba sobre la alfombra de hojas muertas del suelo. Probablemente una ardilla.

“¿A qué casa se mudó?” Todd preguntó sin aliento.

Señalé el siguiente bloque. "La casa de los Faulkner", dije. "Sabes. La casa de ladrillos en ruinas con el gran porche delantero derrumbándose.

En la esquina la farola estaba apagada. Los rayos de nuestras linternas danzaron sobre el pavimento oscuro frente a nosotros. Era una noche tranquila y sin viento. Nada se movía, nada se movía.

La casa de los Faulkner era la segunda de la cuadra. Pude ver desde la esquina que todas las luces estaban apagadas. No hay ningún coche en el camino de entrada.

“Tal vez se acuesten temprano”, murmuré.

Nuestras zapatillas crujieron sobre las hojas secas y marrones que cubrían el jardín delantero. Manteniendo nuestras linternas en el suelo, nos dirigimos al porche delantero.

La puerta del porche estaba abierta y colgaba de sus bisagras. Pude ver una pila de periódicos dentro. Y varias latas de refresco aplastadas.

"¿Ver?" -susurró Todd-. "Te dije. Aquí no vive nadie”.

"Estás equivocado", insistí. Me acerqué a la ventana delantera. Me agarré al alféizar de la ventana y me levanté de puntillas.

Oscuro en la sala de estar. Silencioso.

Alumbré con la linterna a través de la ventana cubierta de

polvo. "¡Vaya!" Murmuré.

Sin muebles. Un cubo de pintura volcado en el suelo. Otro montón de periódicos contra una pared.

"¿Que ves?" —preguntó Todd.

“Nada”, dije. Me moví hacia el costado de la casa. Levanté la linterna hacia una ventana lateral. Un dormitorio. Vacío. Sin muebles. No hay señales de vida.

Bajé la luz y me volví hacia Todd. “Nadie vive aquí”, le dije, sacudiendo la cabeza. “Marissa mintió”.

"Ella vive en el auto", insistió Todd. "Ella persigue el auto". Lo

miré fijamente. ¿Tenía razón? ¿Era Marissa un fantasma? ¿Cómo

podría demostrárselo a mamá y papá?

Me volví y miré la casa oscura y vacía. Un escalofrío recorrió mi espalda.

¿Cómo podría demostrarles a mamá y papá que estaba diciendo la verdad?

De repente, tuve una idea.



Al día siguiente, después de la escuela, tuve que quedarme hasta tarde y ayudar a Steve y Allan con un proyecto de arte. Cuando salí del edificio, el sol ya se estaba poniendo. Una media luna pálida se alzaba sobre los árboles desnudos.

Debido a mi castigo, tenía órdenes de apresurarme a regresar a casa. Pero tenía un misterio que resolver: el misterio del fantasma en el coche. Y supe que sólo había una persona que podía resolverlo.

Sr. Douglas, el hombre que nos vendió el auto.

Mientras viajaba en autobús hacia su vecindario, me imaginé el rostro de pájaro del señor Douglas, su nariz larga y torcida, sus diminutos y fríos ojos azules.

*¿Realmente estoy haciendo esto?*Me pregunté, mirando hacia la tarde gris las casas y los árboles que pasaban zumbando.*¿Realmente voy a volver solo a la casa de este hombre para preguntarle si nos vendió un auto embrujado?*

Tragué fuerte y me limpié las manos húmedas en las perneras de mis jeans. Sabía que no tenía otra opción. Necesitaba saber la verdad. Necesitaba demostrarles a mis padres que no era un mentiroso.

Estaba tan perdido en mis pensamientos aterradores que me perdí la parada. Tuve que retroceder cuatro cuadras. Cuando entré en la entrada del señor Douglas, me temblaban las piernas y tenía la boca seca como arena.

Podía escuchar un televisor encendido dentro de la casa. Toqué el timbre.

Pasos pesados. La puerta se abrio. El señor Douglas miró por la puerta contra tormentas, inclinando la cabeza sospechosamente hacia mí.

Estaba vestido igual que antes, con una camisa de franela y un mono de mezclilla. Su cabello fibroso estaba sin cepillar y caía enredado alrededor de su rostro.

"Uh... hola", dije entrecortadamente. "¿Acuérdate de mí?"

Seguía mirándome con esos diminutos ojos de pájaro.

Lo intenté de nuevo. “¿Mi papá te compró el auto la semana pasada? ¿Recordar? ¿Señor Moinian?

El asintió. Abrió la puerta contra tormentas unos centímetros. "¿Qué puedo hacer por ti, joven?"

Levantó los ojos hacia la calle. Supuse que estaba buscando a mi papá. "¿Cómo has llegado hasta aquí?"

“Tomé el autobús”, le dije. "Necesito hacerle algunas preguntas sobre el auto, señor Douglas".

Sus ojos brillaron. Su boca se frunció en una mueca. "Lo siento. Realmente no tengo tiempo en este momento”. Empezó a cerrar la puerta contra tormentas.

“No tomará mucho tiempo”, insistí. “Han estado sucediendo algunas cosas extrañas. Me preguntaba...

“Lo siento”, repitió. De repente parecía muy tenso. "Realmente no puedo hablar del coche ahora".

"Por favor", supliqué. “¿Puedo entrar un segundo? I -"

"No. No puedes entrar. Tengo que pedirte que te vayas ahora”, dijo con severidad. Abrió la boca para decir más, pero sonó su teléfono.

"Adiós." Se dio la vuelta y se apresuró a contestar. "No lo entiendo", murmuré. "¿Cual es su problema?" ¿Por qué no respondería algunas preguntas sencillas?

Subí a lo alto del porche, me tapé la cara con las manos y miré hacia la sala de estar a través de la puerta de cristal.

"¿Eh?" Mis ojos se detuvieron en la repisa de la chimenea y jadeé. Luché por concentrarme en lo que vi allí.

Una fotografía grande y enmarcada de una niña.

Una vela encendida a cada lado de la foto. Y en una cinta negra debajo de la foto, las palabrasEN AMOROSA MEMORIA.

"No", murmuré. “No, no puede ser”. Porque reconocí a la chica de la fotografía.

La chica muerta.

Marisa.



"Tenías razón", le dije a Todd sin aliento tan pronto como entré corriendo a la casa.

Me miró fijamente. "¿Qué quieres decir?"

“Marissa es un fantasma. Ella esta muerta. Vi su foto en la casa del Sr. Douglas. Había velas al lado y un cartel que decía "En memoria amorosa". "

Todd dejó escapar un largo grito ahogado. Todo el color desapareció de su rostro.

Me senti mal. Me di cuenta de que lo había asustado.*No debería decirle a Todd todo esto.* Decidí. *Le tiene demasiado miedo a los fantasmas.*

“¿Q-qué vas a hacer?” tartamudeó.

“Díselo a mamá y a papá”, respondí. “Tengo que advertirles sobre Marissa. Ella es peligrosa. El coche es peligroso. Papá tiene que llevárselo al señor Douglas, antes... antes...

"¿Antes que?" Todd preguntó en voz baja.

No respondí. No quería asustarlo aún más.

* * *

“El auto está embrujado. Puedo probarlo”, anuncié tan pronto como los cuatro nos sentamos a cenar. "¿Conoces a esa chica, Marissa, que estuvo aquí la otra noche?"

"Mitchell, ¿no podemos disfrutar de nuestra cena?" Papá interrumpió enojado.

"Querías pizza esta noche, así que vamos a comer pizza", intervino mamá. "Así que no empieces una discusión y arruines la cena de todos".

*“¿Arruinar tu cena?”*Grité.

No pude evitarlo. No pude controlarme.

Tenía algo horrible e increíble que contarles, ¿y les preocupaba que les estropeara la cena?

Me puse de pie de un salto. Mi silla cayó detrás de mí y cayó al suelo.

"Mitchell, ¡siéntate!" Ordenó papá.

*"¡El auto nuevo está embrujado!"*Grité a todo pulmón.*"Hay un fantasma en el auto... ¡y ella es MALVADA!*

"Está diciendo la verdad", dijo Todd en voz baja. "Realmente es verdad."

¡Mantente al margen! Papá le advirtió. "Tú eres quien empezó todas estas tonterías de fantasmas por aquí, Todd".

"Él*no es*¡disparates!" Gemí, agitando los puños por encima de mi cabeza.

"Mitchell, toma tu plato", ordenó mamá, agitando ambas manos. "Adiós. Lleva tu plato a tu habitación y come tu pizza arriba".

"Pero mama -"

"¡Ir! ¡Ir! ¡Ir!" Ordenó papá. "¡Pero

estoy diciendo la verdad!" Lloré.

"Ni una palabra más", gritó papá, "o te castigarán por un*segundo* ¡toda la vida!"

Refunfuñando en voz baja, salí corriendo del comedor. No tomé mi plato. No tenía ganas de comer.

Tenía ganas de gritar, llorar y atravesar una pared con el puño. O subirme al auto y dejar que me llevara a donde quisiera.

¿Hay algo más horrible que saber la verdad sobre algo importante y que tus propios padres se nieguen a creerte?

*"¡Yo no soy un mentiroso!"*Grité desde las escaleras. Luego corrí a mi habitación, mi corazón latía con fuerza y me dolía la garganta por todos mis gritos.

Mi teléfono estaba sonando cuando entré irrumpiendo en mi habitación. Lo agarré. "¿Hola?" Pregunté sin aliento.

"¿Mitchell? Es Marisa".

Jadeé. "¿Eh? ¿Marisa?

"Escucha, Mitchell, te llamé para advertirte..."

No esperé a que terminara. "Marissa, ¡sé la verdad!" solté afuera.

Silencio por su parte. Luego, finalmente, murmuró: "¿Lo haces?" “Sí”, respondí con voz temblorosa. "Se quien eres. Sé la verdad sobre ti”.

La voz de Marissa bajó hasta convertirse en un frío susurro. "Entonces, ¿qué vas a hacer, Mitchell?" exigió. "Ahora que sabes la verdad, ¿qué vas a hacer al respecto?"



Su voz susurrada envió escalofríos por mi espalda.

*Estoy hablando con un fantasma,*Me di cuenta.*Y... ella simplemente me amenazó.*

Temblando, apagué el teléfono y lo arrojé sobre mi cama. Respiré profundamente y lo contuve.

*Calma, calma*... me ordené a mí mismo. Cerré los ojos y esperé a que mi corazón dejara de acelerarse.

Metí las manos en los bolsillos de mis vaqueros y comencé a caminar de un lado a otro.*¿Que voy a hacer ahora?*Me pregunté a mí mismo.*Qué*poder*¿Sí?*

*¿Marissa va a venir a por mí?*Me preguntaba.*Ahora que sé la verdad sobre ella, ¿intentará impedirme que cuente su secreto?*

*¿Me convertirá también en un fantasma?*

Me senté en mi mesa de trabajo y comencé a ordenar las piezas de mi modelo de auto.*Tal vez trabajar en el modelo me relaje,*Pensé.*Tal vez eso me distraiga de Marissa.*

Pero después de unos minutos, todavía estaba sentado allí, mirando las piezas del modelo, con la mente dando vueltas.

Cuando escuché a papá llamarme desde abajo, me levanté de un salto.

Me dirigí a las escaleras. Vi a mamá, papá y Todd con sus abrigos puestos.

"¿Adónde vas?" Pregunté, bajando corriendo las escaleras.

"A casa de la prima Ella, ¿recuerdas?" Respondió mamá, mirándose en el espejo del pasillo, ajustándose la bufanda. “Ha estado enferma toda la semana. Prometimos visitarlo”.

“¿Y yo también voy?” Yo pregunté. Me dirigí al armario de los abrigos.

"No. ¿Por qué no te quedas en casa? Sugirió mamá. "Se necesita un período de reflexión".

"Un tiempo a solas, Mitchell", intervino papá. "Un tiempo para pensar en lo loco que has estado actuando".

“Pero...” comencé a protestar. Luego suspiré y me encogí de hombros. "Bien vale. Me quedaré en casa. No me importa."

Papá caminó por el pasillo y encendió la lámpara del estudio. “El cable todavía cruje”, murmuró, sacudiendo la cabeza. “No encuentro el corto. Será mejor que tengas cuidado con esta lámpara, Mitchell.

"¿Tengo que besar a Ella?" Todd le preguntó a mamá. "Su maquillaje sabe terrible y se me pega a los labios".

“No tienes que besarla”, le dijo mamá. "Ella está enferma, ¿recuerdas?" Vi las llaves del auto en la mesa del pasillo. “¿Vas a tomar el auto?” Le pregunté a papá.

“Sabes que Martin nos recogerá”, respondió papá. “Te lo dijimos cien veces”.

“Pero será mejor que te mantengas alejado de ese auto”, advirtió mamá. Ella entrecerró los ojos bruscamente hacia mí. “Lo digo en serio, Mitchell. No te acerques a él. No te sientes en él. No lo toques”.

"No te preocupes", murmuré.

*no tienen que preocuparse*. De ninguna manera*¡Me estoy subiendo a un coche embrujado!*Me dije a mí mismo.

Los seguí afuera. Nos quedamos en el camino de entrada hasta que mi primo Martin se detuvo en su Taurus verde.

"Dile a Ella que espero que se sienta mejor", le dije. Saludé a mi prima.

Todd y papá subieron atrás. Mamá empezó a subir al asiento del pasajero delantero y luego se volvió hacia mí. "Mitchell, ¿estarás bien solo?"

"Sí. Seguro. No hay problema”, le dije. "Me quedo sola mucho tiempo, ¿no?" "Bueno, volveremos temprano", dijo. Cerró la puerta tras ella.

Vi al Taurus verde retroceder y dirigirse por el camino hacia la ciudad.

Estaba parado junto a nuestro auto nuevo. La ventanilla del conductor estaba bajada unos centímetros. Bajé la cara hacia él.

"Marissa, ¿estás ahí?" Llamé. Ninguna respuesta.

La luz de la farola hacía brillar el interior cremoso.

"Marissa, ¿puedes oírme?" Llamé.

Aún sin respuesta.

Pero sentí un fuerte tirón. Como si alguien estuviera tirando de mí, metiéndome al coche.

"¡No!" Pronuncié en voz alta. "No. No voy a subirme”.

Quería alejarme. Quería desesperadamente llegar a la seguridad de mi casa.

Pero una fuerza invisible estaba tirando de mí... tirando de mí. “No... por favor, ¡déjame ir!” supliqué.

Tirando... tirando... Agarré la manija de la puerta. Y empezó a abrir la puerta.



*No, Mitchell. ¡Escapar!*Me advertí a mí mismo.

*No hagas esto.*

*¡No te subas a este auto!*

Abrí la puerta. Los asientos y el tablero brillaban más… más. Parpadeé ante la luz blanca pulsante.

*Aléjate, Mitchell. Aléjate mientras tengas la oportunidad.* Me deslicé detrás del volante y me deslicé hacia la luz brillante y pulsante. Cerré la puerta del auto.

Mis manos rodearon el volante, tan frescas, tan suaves. Escuché el clic de las cerraduras de las puertas. Sabía que estaba encerrado una vez más. Parpadeé con fuerza, esperando que mis ojos se acostumbraran al brillo palpitante. Me tomó mucho tiempo darme cuenta de que no estaba solo.

Me volví y vi a alguien a mi lado en el asiento del pasajero.

Una chica rubia vestida toda de negro.

No pude ver su cara. Ella estaba de espaldas a mí. Pero yo sabía quién era.

"¡Marisa!" Me atraganté.

Se giró lentamente… y abrí la boca lanzando un grito de horror.

¡Marisa no!

Estaba mirando a un horrible demonio. Piel morada y podrida, arrugada y llena de surcos como una ciruela podrida. Ojos negros como la tinta hundidos en profundas cuencas. Venas rojas pulsantes arriba y abajo por una nariz rota. Encías verdes desdentadas, hinchadas y chorreantes de baba amarilla. Los labios rasgados se torcieron en una fea sonrisa.

"Ohhhh", gemí cuando el mal olor de la criatura flotó en mis fosas nasales.

Intenté darme la vuelta cuando ella acercó su rostro al mío. Tan cerca que pude ver dos largos gusanos blancos retorciéndose en su nariz.

Su cabello rubio rozó mi rostro, rígido como la paja, plagado de insectos. Su aliento cálido y agrio me invadió, enfermándome y haciendo que mi estómago se revolviera. Sus encías verdes e hinchadas chasquearon mientras susurraba: *"Soy malvado... soy tan malvado".*



Mi estómago se revolvió de nuevo. Tragué fuerte, luchando por no vomitar.

Su cabello rozó mi mejilla nuevamente, rascándome la piel, haciendo que mi cara hormigueara y picara.

Me estremecí por el repentino frío. Hacía tanto frío dentro del coche, tanto frío que las ventanillas se empañaban.

Frío como la muerte, pensé.

Sus palabras susurradas enviaron otra nube de mal aliento sobre mí:*"Soy tan malvado, Mitchell. Tan malvado."*

"¡Nooooooo!" Grité de nuevo.

Me aparté de su rostro podrido y desdentado.

Tiré de la manija de la puerta. Empujé todo mi peso contra la puerta. Arañé las ventanas. Golpeé mis puños contra el cristal. "¡Ayúdame! ¡Alguien, ayúdeme! ¡Déjame salir de aquí!" Mi voz aguda y estridente, temblando en el aire helado y agrio.

"Por favor, ¡déjenme salir!"

Me volví para verla echar hacia atrás la cabeza. Ella abrió la boca con una risa fea. Sonó más como arcadas secas que como risa.

*"Tan malvado ..."*

Y entonces, mientras me quedaba boquiabierto de horror helado, sus húmedos ojos negros se pusieron en blanco. Su piel violeta y llena de surcos comenzó a ceder. Para fundir.

Ella se desplomó hacia delante. Su cabeza golpeó el tablero. Su rígido cabello rubio se retorcía como gusanos.

Todo su cuerpo tembló mientras se derretía. Derretido, más pequeño... más pequeño. No me moví. No respiré.

Abrazándome en el frío gélido, la vi derretirse. Hasta que su cuerpo desapareció y una nube de gas verde brillante flotó sobre el asiento del pasajero.

Y entonces el gas se apagó, se oscureció, desapareció.

Me dolía el pecho. Me di cuenta de que no había respirado. Dejé salir el aire en un largo *silbido*.

"¿Hola?" Llamé con voz débil. "¿Sigues aquí?" El coche arrancó, como en respuesta.

El motor rugió. La palanca de cambios se puso marcha atrás. "¡No, espera!" Jadeé.

El coche avanzó dando bandazos por el camino de entrada hasta la calle. Se puso en marcha – y salió disparado hacia adelante. Los neumáticos chirriaron mientras giraba bruscamente hacia un lado de la carretera y luego hacia el otro.

Agarré el volante y traté desesperadamente de dar la vuelta. Pero el auto no estaba bajo mi control.

"¡No!" Grité cuando el auto saltó de la carretera. Tropezó sobre la hierba. Golpeó un seto alto. Rebotó de nuevo en la carretera y giró salvajemente.

"¡Para! ¡Para el coche!" Grité. "¿Quién eres? ¿Por qué estás haciendo esto?"

Por encima del chirrido de los neumáticos y del rugido del motor, oí la risa de la chica.

"¿Por qué?" Grité. "¿Por qué? ¡Dime! ¡Tengo que saberlo!

El coche se precipitó por el medio de la carretera, chirriando fuera de control, ladeándose locamente en las curvas, cada vez más rápido.

Y la voz de la niña salió flotando de los altavoces: *“Morí en este auto, Mitchell. ¡Y ahora te toca a ti!”*



"¡No, espera!" supliqué. "Escúchame. ¡Yo... no quiero morir!

Una vez más escuché su risa.

El coche se salió de la carretera, rozó un árbol y rebotó en la acera.

*Voy a morir,*Me di cuenta.

*Ella va a estrellar el auto. Y estoy totalmente indefenso. No puedo hacer nada para salvarme.*

El coche patinó y dio dos vueltas. Luego continuó avanzando por la carretera con curvas hacia la ciudad y el valle.

“Por favor...” comencé. Pero las palabras se ahogaron en mi garganta. "Yo... no entiendo".

*"Yo sólo tenía catorce años."*Su voz se elevó tan apagada desde los parlantes. *"Sólo catorce, Mitchell".*

"¡Sólo tengo doce años!" Lloré. Mi cabeza se estrelló con fuerza contra la ventanilla cuando el coche volvió a salirse bruscamente de la carretera.

Y luego escuché las sirenas. Subiendo y bajando. Cierra detrás de mí. ¡Un coche de policía!

*¡Me salvarán!*Me di cuenta.*Pararán el coche. ¡Me sacarán!* Con un grito de felicidad, pisé con fuerza el freno. El pedal se deslizó hasta el suelo. Pero el coche siguió rugiendo.

Detrás de mí, la sirena sonó, más cerca.

"¡Desacelerar!" Grité. “Es la policía. ¡Reduzca la velocidad del coche!

Su risa dura y cruel resonó por encima de la estridente sirena. Pisé el freno de nuevo. De nuevo.

Ahora podía ver las luces rojas parpadeantes en el espejo.

*¿Podrá la policía alcanzarlos?*Me preguntaba.*¿Podrán detener este auto? ¿Podrán rescatarme antes de que me estrelle?*



La sirena estridente sonó muy cerca detrás de mí.

Las luces rojas brillaron intensamente en el espejo.

Y luego pasó por la izquierda. Pasó mi auto a toda velocidad. Y vi que no era un coche de policía. Era un largo camión de bomberos rojo. Pasó bruscamente a mi lado, con la sirena a todo volumen, y siguió adelante.

Me quedé mirando la parte trasera del camión de bomberos, con escaleras gemelas asomando a los lados. Y luego desapareció en una curva.

Dejé escapar un largo y decepcionado suspiro.

*“Sólo catorce”*-repitió la voz de la niña, como si el camión de bomberos ni siquiera hubiera existido.

El coche se precipitó por el medio de la carretera, girando muy cerca del borde de la colina.

*“Sólo catorce. Saqué el coche a dar una vuelta. Lo estrellé, Mitchell. Morí. He perseguido el auto desde entonces, esperando... esperando que alguien se una a mí, que me haga compañía. Y ahora te he encontrado”.*

"¡No por favor!" Grité.

El coche rebotó con fuerza. Mi cabeza se estrelló contra el techo.

"Lamento que hayas muerto", le dije. "Lo siento mucho. Pero no quiero unirme a ti. ¡Por favor llevame a casa!"

Silencio.

Y entonces el coche patinó. Los neumáticos chirriaron sobre el pavimento. El coche giró violentamente. Una vez. Dos veces.

Giró completamente.

*"¿Te quieres ir a casa?"* preguntó el

fantasma. "¡Sí!" Lloré. "¡Sí! ¡Llévame a casa!"

*"Bueno,"* respondió ella, su voz era tan fría como el aire en el auto. *"Está bien, Mitchell. Te llevaré a casa."*

El coche dio una sacudida hacia adelante. Agarrando el volante que rebotaba, miré por el parabrisas y me di cuenta de que nos dirigíamos de regreso a la colina.

Hacia mi casa.

"¿Lo estás haciendo?" Lloré, mi corazón se aceleró. "¿Me llevarás a casa?" *"Si*

*ahí es donde quieres morir"* ella respondio. *"Puedes morir con la misma facilidad contra el frente de tu casa".*

"No, espera -"

El coche aceleró. Se sentía como si estuviéramos volando ahora, volando alrededor de las curvas, siguiendo la carretera que giraba cuesta arriba.

Las casas pasaban disparadas en una mancha gris. Reconocí el barrio. Y entonces reconocí mi bloqueo.

Más rápido. Más rápido.

Pisé los frenos. Hice girar la rueda.

Indefenso. Estaba totalmente indefenso.

*Ella va a estrellar el auto contra el frente de mi casa.* Yo sabía.

*"No dolerá por mucho tiempo"* El fantasma murmuró como si leyera mis pensamientos. *"Y entonces estaremos juntos para siempre".*



Cierro los ojos.

El coche se detuvo con un chirrido. Escuché el chirrido de neumáticos que patinaban. Abrí los ojos y vi una pared naranja.

¡Llamas!

¡Mi casa! ¡Mi casa estaba en llamas!

Los camiones de bomberos estaban esparcidos por el patio delantero. Vecinos de rostro solemne se apiñaban en el camino de entrada.

¿Ese era Todd? Sí. Todd estaba de pie con mis padres, sus rostros atrapados en la luz naranja parpadeante, sus expresiones tan preocupadas, tan horrorizadas.

"Yo... yo habría estado dentro de la casa", tartamudeé al fantasma. “Habría estado dormido allí. Me hubiera muerto. Pero me salvaste. ¡Me salvaste la vida!"

*“¡Noooooooo!”*La oí aullar de horror.

Y luego la vi de nuevo. El rostro espantoso y macabro. El pelo rubio, tieso como la paja. La chica muerta, muerta y descompuesta, toda vestida de negro.

Ella volvió a sentarse a mi lado, con su boca desdentada abierta en un grito de horror. Levantó sus manos huesudas y se tiró del cabello, arrancó mechones, dejando al descubierto el hueso gris agrietado del cráneo debajo.

*“¡Nooooo!”*ella gimió.*“¡Soy malvado! ¡Soy tan malvado! ¡Mi misión es malvada!*

"Pero... ¡tú me salvaste la vida!" Protesté.

*“¡He fallado! ¡Fallido!"*chilló, arrancándose mechón tras mechón de pelo.

Sus ojos negros como la tinta se volvieron hacia mí, brillando con odio.*"He fallado. ¡Accidentalmente he hecho BIEN! Y ahora debo pagar. ¡Ahora debo morir para siempre!*

Una vez más, empezó a encogerse, a derretirse.

Los ojos húmedos se salieron de sus órbitas. Se dejó caer sobre su regazo. Su cráneo se abrió. Su cuerpo se desplomó hacia adelante.

Miré impotente mientras ella se derretía. Se encogió y se derritió hasta que no quedó nada más que un charco de espesa baba verde en el asiento del coche. Y luego la baba también se derritió.

La puerta del coche se abrió.

Manos fuertes me sacaron.

Papá me envolvió en un abrazo. Entonces mamá se unió.

"¡Estas bien! Mitchell, ¡estás bien! Mamá siguió repitiendo, abrazándome cerca.

"¡Nosotros... pensamos que estabas atrapado adentro!" Declaró papá.

A Todd le corrían lágrimas por las mejillas. Corrió por el césped para abrazarme también. "Pensé que estabas en llamas", murmuró.

"El fantasma me salvó", les dije, gritando por encima del rugido de las llamas y el ruido de las mangueras contra incendios. "El fantasma me llevó en el coche. Ella me salvó la vida".

Mamá y papá intercambiaron miradas. Pude ver que no creían a mí.

Pero no me importó. Me alegré mucho de estar de regreso sano y salvo.

Los cuatro saltamos cuando parte de nuestro techo cayó con estrépito sobre las llamas.

"Todo es culpa mía", suspiró papá, sacudiendo la cabeza. "Nunca debí haber intentado arreglar el cableado. A partir de ahora no volveré a jugar con la electricidad".

"Está bien", dijo mamá, abrazándonos a Todd y a mí. "Estamos todos a salvo. Todos nosotros."

"Tenía razón", me susurró Todd. "El auto estaba embrujado. Y era Marissa, ¿verdad?

"Sí", respondí con incertidumbre. “Tenías razón, Todd. Supieras. Tú... Me detuve cuando la vi parada cerca del coche.

El fantasma.

Marisa.



"¡Mitchell!" Marissa gritó, corriendo hacia mí, con su cabello rubio ondeando detrás de ella.

Di un paso atrás. Se me hizo un nudo en la garganta. "Tú... me dijiste en el auto que ahora morirías para siempre", jadeé.

"¿Eh?" Ella me miró entrecerrando los ojos. "Mitchell, ¿estás bien?" “No

finjas. No actúes inocente”, respondí bruscamente. “No estás engañando a nadie. ¡Eres malo!"

Su expresión cambió. Ella me agarró el brazo con brusquedad. "Ven aquí, Mitchell".

"¡No!" Protesté. “¿No has hecho lo suficiente? Por favor...

Intenté alejarme. Pero ella me arrastró hacia la calle.

"¿Por qué estás haciendo esto?" Lloré. “Sé que eres el fantasma, Marissa. Fui a la casa de tu padre. Vi tu retrato y las velas sobre la repisa de la chimenea.

Ella apretó más su agarre sobre mi brazo. Sus ojos ardieron en los míos. "Estoy viva, Mitchell", susurró, acercando su rostro al mío. "¿Ver? Soy real." Ella apretó mi brazo.

“Pero...” comencé.

"Esa foto que viste", continuó Marissa, sin soltarla. “Esa era mi hermana gemela, Becka. Becka era tan malvada”.

"¿Tu hermana?" Me atraganté.

“El verano pasado Becka se quedó con el coche. Ella no sabía conducir. Se estrelló y se suicidó”. La voz de Marissa se quebró por la emoción. “Le rompió el corazón a mi padre. Nunca ha sido el mismo”. Ella bajó los ojos.

"Lo... lo siento", murmuré.

“Papá estaba desesperado por vender el auto”, continuó Marissa después de respirar profundamente. "Él no quería el auto en el que Becka murió. Cuando vi que tu padre lo compró, decidí que tenía que advertirte".

"¿Advierteme?" Lloré. Liberé mi brazo de su agarre. "Tú significas tú *sabía* ¿Tu hermana estaba rondando el auto? Tú*sabía*¿Planeaba matarme?

Marissa asintió.

"¿Cómo?" exigí. "¿Como supiste?"

"Ella me lo dijo", respondió Marissa. “Un día estaba sentado en el auto, esperando a mi papá. Apareció Becka. Todos feos y muertos. Ella me dijo que ahora perseguía el auto. Me dijo que perseguiría el auto hasta que se vengara, venganza por morir tan joven”.

"Entonces, ¿por qué no me lo dijiste?" Yo pregunté. “¿Por qué no...?”

"Quería hacerlo", interrumpió Marissa. “Pero no pensé que me creerías. Entonces esperé. Y luego por teléfono me dijiste que*sabía*la verdad, ¿recuerdas? Así que pensé que si lo sabías, no tenía que advertirte”.

“Becka me salvó la vida”, le dije a Marissa. “Ella no fue su intención. Pero ella lo hizo”.

Una extraña sonrisa se dibujó en el rostro de Marissa. Se secó las lágrimas de los ojos. Luego se volvió hacia el coche.

"Pobre Mitchell." Ella suspiró. "Estabas tan emocionado con el auto nuevo..."

"Uh... está bien", respondí con un escalofrío. “He perdido el interés por los coches. Creo que tal vez me dedique al béisbol, al hockey o algo así”.

* * *

Pasamos la noche en la casa de los O'Connor, al lado. A la mañana siguiente, mamá se preocupaba por mí durante el desayuno. “Tu papá y yo estamos muy preocupados por ti, Mitchell. Toda esta charla sobre fantasmas”.

"Pero, mamá..." comencé.

"Estás asustando a Todd con todas tus historias de fantasmas", continuó. "Y él ya estaba asustado antes de que comenzaras".

Suspiré y aparté mi tazón de cereal. “Mamá, ¿qué quieres que haga? He estado intentando decirte la verdad. Pero tú y papá os negáis...

"Suficiente", insistió ella bruscamente. “Quiero que hables con Todd. Dile que inventaste la historia de fantasmas. Dile que el coche no está embrujado.

"Pero, mamá..." Lo intenté de nuevo.

Esta vez, papá interrumpió. Entró pesadamente por la puerta trasera desde afuera, sacudiendo la cabeza. “Tengo que ir a la ciudad”, refunfuñó, “pero el coche no arranca. Llamé al tipo del garaje y...

Un golpe en la puerta.

Todos nos volvimos y vimos a un hombre con uniforme de trabajo gris y una gran caja de herramientas. “¿Llamaste al garaje?” preguntó.

"Sí. El auto azul de enfrente. No arranca”, dijo papá. "Aquí te lo mostraré".

Los seguí hasta el coche. En la casa de al lado, las ruinas de nuestra casa aún ardían. El patio estaba lleno de cristales rotos y trozos de madera ennegrecida. El aire olía a humo y agrio.

El chico del taller levantó el capó del coche. Se inclinó sobre el motor. Luego rápidamente se levantó y miró a papá con los ojos entrecerrados. "¿Esto es una broma verdad?"

Papá se quedó boquiabierto. "¿Broma?"

El hombre señaló el motor. “Creo que el auto probablemente arrancaría*si tuvieras una bateria*!”

Papá se acercó a él y miró debajo del capó. “Oye, tienes razón. No lo creo. No hay batería”.

Papá se giró y me miró fijamente. "Sin batería", murmuró, con el rostro torcido por la confusión. "Sin batería. Pero lo hemos estado conduciendo de todos modos. y eso

Corrí anoche...”

No pude evitar que una sonrisa se extendiera por mi cara.

*A mamá y a papá les llevará un tiempo.*Me dije a mí mismo.*¡Pero creo que finalmente me van a creer!*

# About the Author

Los libros de RL Stine se leen en todo el mundo. Hasta ahora, sus libros han vendido más de 300 millones de copias, lo que lo convierte en uno de los autores infantiles más populares de la historia. Además de Goosebumps, RL Stine ha escrito la serie para adolescentes Fear Street y la divertida serie Rotten School, así como la serie Mostly Ghostly, la serie The Nightmare Room y el thriller de dos libros.*Chicas peligrosas*. RL Stine vive en Nueva York con su esposa Jane y Minnie, su King Charles spaniel. Puede obtener más información sobre él en www.RLStine.com.

Publicado originalmente como *Piel de gallina Serie 2000 #21: El coche embrujado*



Primera impresión de esta edición, mayo de 2015.

ISBN electrónico 978-0-545-82061-5